

Revista de **FOLKLORÉ**

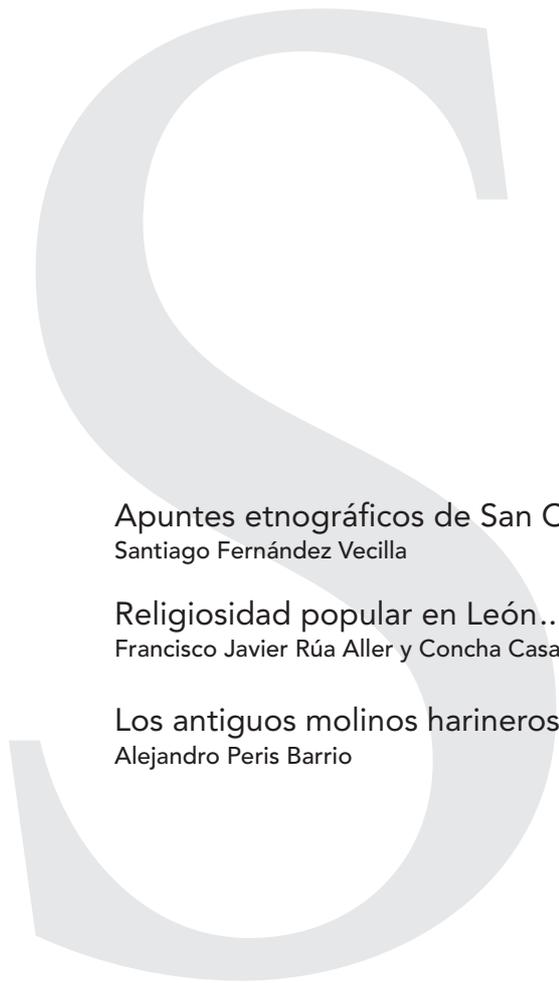


La phorminx, antiguo instrumento de cuerda, está presente ya en la península ibérica desde la época del bronce. Su aparición en algunos vasos y estelas ha permitido a arqueólogos y paleomusicólogos llegar a diferentes conclusiones según consideraran las estelas de origen ligur o micénico. En cualquier caso, su iconografía está ligada a la representación de distintos objetos usados en vida por guerreros. Parece extraño, al menos para nuestro concepto actual que une casi siempre las armas con la violencia, que un instrumento musical se grabe sobre la tumba de un guerrero como parte de su cortejo fúnebre o como perteneciente a sus enseres junto al arco, al escudo o al carro para combatir y desplazarse. Homero, evidentemente, no era de nuestra opinión y así, hace aparecer en la *Ilíada* al colérico Aquiles, el de los pies ligeros, tocando la phorminx en su tienda cuando llegan los mensajeros de Agamenón.

Pistoxenos ya nos mostraba, hace más de 2.000 años, a Apolo tocando su phorminx ante un cuervo, informante permanente del dios y castigado por él a ser negro para toda la eternidad por haberle transmitido la mala noticia de que la bella Coronis, de la que Apolo estaba enamorado, se había casado con otro. Conocida es también la imagen de Pistoxenos en la que Heracles va o vuelve de la clase de música seguido por su criada tracia Geropso que le lleva la phorminx.

Es lícito que nos preguntemos cómo sería realmente el instrumento. Una leyenda olímpica refiere cómo su primer constructor, Hermes, echa mano de materiales naturales para fabricarlo. A las pocas horas de haber nacido y con divina precocidad sale de la cueva en que su madre Maya lo había dado a luz y se encuentra con una tortuga. Hermes deja sin carne el interior de la testudo marginata, agujerea su caparazón para ajustar en él unas cañas que asegura con un trozo de piel de vaca, añade un puente entre ambas y tiende siete cuerdas entre el fondo del caparazón y la caña que forma el travesaño superior. Si leemos de este modo el himno estamos hablando de un instrumento diferente al que algunos estudios organológicos nos proponen, ya que Hermes no inventa el puente ni la tapa armónica y se conforma con tensar unas cuerdas entre la caña transversal y el caparazón, usando, eso sí, la forma arqueada de éste para no tener que crear las clavijas de afinación. Estaríamos, por tanto, ante un instrumento de siete cuerdas afinado en un tetracordo con la nota más grave en la cuerda central y las otras tres cuerdas, repetidas a ambos lados de esa misma cuerda, afinadas en intervalos más agudos según se separaban del centro de la concha.

EDITORIAL



Apuntes etnográficos de San Ciprián de Hermisende	147
Santiago Fernández Vecilla	
Religiosidad popular en León.....	166
Francisco Javier Rúa Aller y Concha Casado Lobato	
Los antiguos molinos harineros madrileños	175
Alejandro Peris Barrio	

SUMARIO

PORTADA: Dibujo, Valeriano Bécquer, xilografía Manchón.

"La Ilustración española y Americana", n.º XXXIV, p. 541.

EDITA: Obra Social y Cultural de Caja España.

Plaza Fuente Dorada, 6 y 7 - Valladolid, 2010.

DIRIGE la revista de Folklore: Joaquín Díaz.

DEPOSITO LEGAL: VA. 338 - 1980 - ISSN 0211-1810.

IMPRIME: Imprenta Casares, S. A. - Vázquez de Menchaca, 1, Nave 7 - 47008 Valladolid

APUNTES ETNOGRÁFICOS DE SAN CIPRIÁN DE HERMISENDE

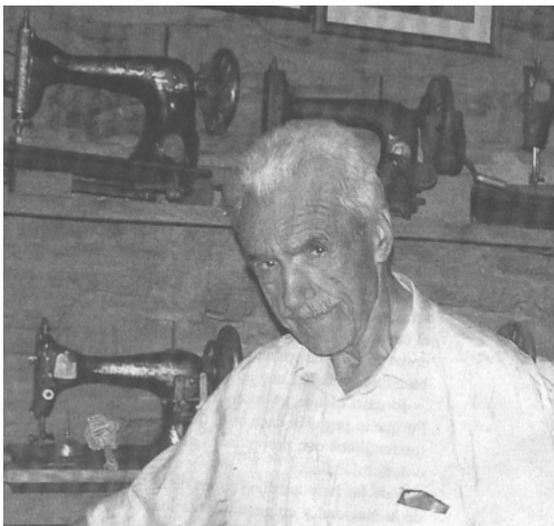
Santiago Fernández Vecilla

HOMENAJE A UN CAMPESINO (1)

Despachar la experiencia campesina como algo que pertenece al pasado y es irrelevante para la vida moderna; imaginar que miles de años de cultura campesina no dejan una herencia para el futuro, sencillamente porque ésta casi nunca ha tomado la forma de objetos perdurables; seguir manteniendo, como se ha mantenido durante siglos, que es algo marginal a la civilización; todo ello es negar el valor de demasiada historia y de demasiadas vidas. No se puede tachar una parte de la historia como el que traza una raya sobre una cuenta saldada». J. Berger (*Puerca tierra*)

No es corriente hacer un homenaje a un campesino, todo lo extraordinario que se quiera, pero Horacio fue, sobre todo, un campesino. Fueron los rasgos de su personalidad, su sabiduría, sus valores, sus múltiples habilidades, fiel expresión de lo que se considera lo mejor de la cultura campesina, las que yo más admiré en él y que hicieron de él un personaje extraordinario.

Si partimos del hecho de que la vida campesina es una vida dedicada por entero a la subsistencia, a la supervivencia, Horacio ha sido uno de los últimos supervivientes. Los campesinos eran aquellos que, a diferencia de los muchos que morían jóvenes, emigraban o terminaban en la pobreza más total, continuaban trabajando. Hoy se vive su total desaparición en la Europa Occidental ante el sometimiento de la economía campesina a los intereses de las grandes multinacionales agroalimentarias que, en su afán de obtener ganancias, están socavando las mismas bases en las que sustenta la vida. Pero hasta hace poco tiempo, la campesina había sido siempre una economía dentro de otra economía. Esto es lo que hizo posible que sobreviviera a las transformaciones globales que se daban en el seno de la macroeconomía. Al encontrarse en la frontera del sistema, el sistema político y social (el poder) les ofrecía el mínimo de protección. Por eso tenían que valerse por sí mismos y sus prioridades y valores, sus estrategias para sobrevivir, constituyeron una tradición que ha sobrevivido a cualquier otra del resto de la sociedad. Y Horacio ha sido portador de esa tradición, cristalizando en él, debido a su talento natural, lo mejor de la misma.



Horacio Rodríguez Fernández en su pequeño museo

Quiero resaltar, entre las muchas cualidades que Horacio tenía, algunas de ellas. Su hospitalidad, la de él y la de Carmen, su esposa. Su manera de acogerte hacía que desde los primeros momentos, a pesar de no hablar su idioma, dejaras de ser un extraño y, si no ponías obstáculos, sentirte uno de ellos. Te ofrecían su casa y compartían contigo lo que en ella tuvieran como la cosa más natural del mundo.

Perteneciente a una familia campesina de las más humildes, desde muy joven, tuvo que luchar para sobrevivir, destacando su capacidad de iniciativa, su inteligencia práctica, aprendiendo, de manera autodidacta, a reparar máquinas de coser y relojes. Es este espíritu de lucha el que explica que, en los últimos años de su vida, dedicara parte de sus energías a solicitar ayudas y remover los obstáculos que le ponían las instituciones para la construcción de un museo para el pueblo en el que poder expo-

ner todos los enseres, en su mayoría relojes y máquinas de coser, algunas de ellas verdaderas joyas mu-seísticas, que había ido recogiendo en su deambular por los pueblos de la comarca. Desde joven se había dedicado a la reparación de máquinas de coser y relojes como complemento al producto del trabajo como campesino para poder sobrevivir. Los motivos que le animaban surgen de la consciencia de que su mundo prácticamente ha desaparecido y con él está desapareciendo el pueblo que le vio nacer y en el que vivió. Contra esta desaparición luchaba Horacio, no la del campesinado como clase social sometida a situaciones de existencia tan duras que nadie, en su sano juicio, querría para sí. Lo que quería era revitalizar el pueblo e impedir que muera del todo, quería dejar a las siguientes generaciones algo de lo que fue ese mundo, despertar su interés por la historia y la cultura del mundo campesino. Este motivo toma cuerpo cuando, allá por el año 80 del siglo pasado, en las largas noches de invierno, me hace depositario de la literatura de tradición oral que Carmen y él guardaban en su memoria.

Y es a través de los cuentos que me contaba, cuando Horacio ponía de manifiesto todo su talento y su personalidad. Tuve la gran suerte de disfrutar a lo largo de muchas noches de lo que fue un narrador excepcional, de humor sano y socarrón. Aprecié su sentido de la justicia, su espíritu crítico, su talante abierto y sin prejuicios y su afán de saber, de aprender. Con este afán de aprender muere al término del día, poco después de haber tocado la gaita, instrumento que se había propuesto aprender a tocar y en el que llevaba ya varios años. (Zamora, Agosto 2008).

APUNTES ETNOGRÁFICOS

Algo ha roto los murmullos del silencio en el bosque de castaños, atraviesa el pequeño y profundo valle con sus prados salpicados de robles y mimbreras, continúa por las mieses de las tierras de la ribera, verde oleaje sin fin en días de viento, algo que te detiene, penetra y sobrecoge, interrumpe por un momento el pastar calmoso de las vacas en la ladera de la montaña y remonta sus lomas cubiertas de brezo perdiéndose en el horizonte. Es el canto del carro, canto que ya no es canto sino llanto, queja profunda y agónica de un modo de vida, de una cultura que sabe que la única respuesta que puede esperar es su propio eco.

Sin embargo, en otro tiempo, era una melodía, a veces triste, otras alegre que, en su planear rampante por colinas y valles, recorría los estrechos caminos al encuentro del compadre, del vecino o amigo para que buscara un ensanche ante la imposibilidad de pasar los dos a la vez. Otras veces, cuando las gentes franqueaban los estrechos límites de su comarca impulsados por la necesidad de adquirir un producto que no se daba en esta tierra, el canto servía de cordón solidario entre los carros, siempre dispuestos a la ayuda, si uno de ellos enmudecía. O, simplemente, acompañaba al campesino en su solitario caminar.

Allí, donde el valle se abre a la luz, se encuentra el pueblo de San Ciprián de Hermisende. A él se llega por una sinuosa carretera comarcal. Según se va avanzando por ella, el río se va haciendo más presente: el verde ropaje de sus orillas, el centelleante y rápido fluir de las aguas.

Al otro lado del valle, en la vertiente de la montaña que mira al naciente, el viajero cree encontrarse con la encarnación del mito griego Gea, la Tierra, nacida de Eros y la Noche, madre nutricia, Venus recostada, de tersos pechos llenos de leche, dispuesta a amamantar a los siempre sedientos hombres, a ofrecerles sus deliciosos frutos, no siempre fáciles de conseguir.

Como un cinturón verde, alrededor de los pueblos del valle, incluso dentro de los mismos, se ven nogales, cerezos y manzanos, algún moral y otros frutales. Sobre todos ellos destacan, de manera especial, los sotos de castaños. Es el resultado de la labor y tesón de estas gentes a lo largo de muchas generaciones.

En los sotos existen árboles centenarios de troncos inabarcables que llevan escritas antiguas historias en sus cortezas rugosas. Con su fruto se han alimentado personas y animales y han aliviado más de una hambruna. En raras ocasiones, coincidiendo con ciertas épocas del año, el bosque de castaños se pone su traje de fiesta. Si se adentra en él, se produce el milagro de percibir, a través de todos los sentidos, la dimensión sagrada y mágica de la naturaleza. En esos momentos uno sabe que es parte de la corriente profunda de la vida, ya sea por la luz velada que se filtra por las ramas y matiza la in-

tensidad de los colores, ya sea por la lluvia de sonidos, amortiguados por el oleaje de fondo producido por las hojas de los árboles, ya sea por los efectos narcotizantes de los aromas suspendidos en el aire que desprenden las flores al penetrar por todos los poros del cuerpo y que hacen que ensanches tus pulmones al igual que sucede después del chaparrón de una tormenta de verano. Son momentos en los que la vida lo inunda todo, sintiendo su palpar. Ya no volverás a ser el mismo. Buscarás esos encuentros para poder diluirte y dejarte llevar en comunión con todos los elementos del universo. Pero las más de las veces el mirlo nos recuerda nuestra condición de extraños, avisando de nuestra presencia a sus moradores que, como a un "estrudio" (2), hubiera que expulsar del bosque.

Cerca del pueblo, en uno de los pequeños valles de la ladera que mira al naciente y que forma el valle principal por el que va el río, se ven pequeños huertos formando bancales y separados entre sí por cortinas hechas de piedras de pizarra. Se observa que están cultivados con mimo. En ellos se dan alubias, patatas, lechugas, berzas y otras hortalizas. El agua con la que los riegan proviene de manantiales que brotan en lo alto de la montaña, recogida y conducida mediante canales. Uno de estos, es el canal de "Allende".

Al fondo del valle transcurre el Tuela, Túa para los portugueses, afluente del Duero. Es un río de frondosas orillas formadas de robles, fresnos y abedules, de sauces, alisos y algún que otro avellano. A su paso por el valle es todavía un río niño, valiente e intrépido en rápidos y cascadas, incansable y alegre, entregado al placer del juego. Cuando llega el verano, en los tramos más tranquilos y profundos, se transforma en una bella adolescente de risa limpia y cautivadora, de fresquísima y delicada caricia, materia y medio de vida de la deslizante trucha, lugar donde encuentran refugio y sustento la nutria, el martín pescador y otros animales. Deseada con ansia, en ocasiones es violentada por aquellos de léptargicos cerebros, con cartuchos de dinamita o sosa cáustica. Convertidos en veraneantes ajenos al valle, van a la búsqueda de las escurridizas truchas, siendo portadores de exterminio y muerte del río; marcados por la maldición del olvido por haber bebido de la fuente de Lete, son incapaces de reconocer sus rostros en el espejo del tiempo. Dominados por el afán de poseer, consumir y dominar, atrapados por falsas ilusiones que se nos venden como "felicidad", son portadores de la enfermedad social que nos atenaza, la autodestrucción. Pero no siempre fue así, en su día fueron agradecidos amantes ante este don que se les entregaba con tanta generosidad, sin pedir nada a cambio.

Entre los árboles de las orillas se ven, de trecho en trecho, los restos de lo que un día fueron molinos de agua. De ellos apenas quedan un montón de ruinas. Se aprovechaba la fuerza de la corriente del río, previamente dominada mediante pequeñas presas y canales, para mover las grandes ruedas de granito. Los molinos fueron poco a poco abandonados hasta desaparecer.

Al último de los molinos que quedaba en pie, tuve la suerte de verlo aún en funcionamiento, llevado por Horacio, uno de los personajes más extraordinarios que he conocido, un Arcadio de aquellas tierras, como él mismo se consideraba, en clara referencia al personaje de la novela de García Márquez "Cien años de Soledad". El molino estaba conservado perfectamente como si no hubiera pasado el tiempo por él. A los pocos años de irme del pueblo fue arrastrado por una crecida y no ha vuelto a ser reparado, una vez perdida su razón de ser: ahora ya no se cultiva centeno ni hay grano que llevar a moler, como tampoco queda gente que cante las fantasías que alimentaban el mito de la molinera, expresadas en una de tantas de sus canciones:

*"Que vengo de moler morena
de los molinos de abajo,
dormí con la molinera, olé y olé,
no me cobró su trabajo.*

*Que vengo de moler morena
de los molinos de enfrente,
dormí con la molinera, olé y olé,
nunca dormí tan caliente.*

*Que vengo de moler morena
de los molinos de arriba,
dormí con la molinera, olé y olé,
no me cobró su maquila".*

Al lado de estas pequeñas creaciones, siempre precarias e insuficientes, fruto de una relación armoniosa del hombre con la naturaleza, expresión de la riqueza de la vida, de la aplicación del tesón y sabiduría del hombre, maravillosas en su ingenioso y sencillo funcionamiento, se encuentran otro tipo de manifestaciones, hijas de una relación destructiva, dualidad constante en la acción del hombre. Según va uno adentrándose en el valle descubre que la visión de Gea, como diosa de la vida, ha desaparecido. En estos días, lo que se presenta ante nosotros es una Tierra vieja y reseca, con negras y extensas heridas producidas por fuegos recientes y el esqueleto rocoso a flor de piel, por lo que se puede deducir que la manera de satisfacer los hombres sus necesidades no siempre ha sido acertada. Construir, crear, lleva su tiempo y perseverancia en los proyectos, que abarcan casi siempre a más de una generación. La destrucción se mide por instantes.

Las causas de esta falta de armonía con la naturaleza son, con toda probabilidad, varias e interdependientes. Su convergencia bien pudiera explicar la mayoría de estos hechos: el olvido del saber popular acumulado a lo largo de los siglos, la necesidad acuciante o el egoísmo siempre desmedido. Causas insignificantes si las comparamos con las que afectan a la Tierra en su globalidad, como la destrucción de la capa de ozono, la desaparición de las selvas ecuatoriales, la emisión de gases causantes del efecto invernadero, (con el consiguiente aumento de la temperatura e importante factor de los cambios climáticos) o la contaminación del medio. El aire, la tierra y el agua se llenan de sustancias incompatibles con la vida, verdadera bomba biológica para las futuras generaciones. Todo ello es consecuencia de un sistema irracional al servicio de los poderosos, capaz de negociar con el hambre y la muerte que él mismo crea y que en su vorágine y triunfal marcha amenaza acabar con todo. Somos hijos contaminados por la leche que mamamos de nuestra madre la historia, capaces de lo mejor y lo peor.

El bosque más autóctono, el formado por robles, abedules, tejos y otras especies, se ha ido degenerando por la quema secular a que ha sido sometido por los campesinos, interesados en abrir zonas para pastos. Progresivamente ha sido sustituido por monte bajo formado de cascajos y matorral de brezo, "carqueixas" y escobas. Después de un tiempo se convierte en maraña infranqueable, refugio del jabalí y el lobo.

Más recientemente, se han unido a este entramado de intereses los de las empresas madereras y de la industria del papel, mucho más bastardos y depredadores. Donde antes había bosque autóctono o monte bajo, ahora hay un bosque de pinos híbridos, de crecimiento rápido y esquilmadores de la tierra. Es un bosque odiado e intruso que no permite otro tipo de aprovechamiento que el de su madera para muebles o celulosa. Los campesinos han considerado a este tipo de bosques una agresión a sus intereses vitales, a sus derechos y a su dignidad, por lo que se han situado de espaldas al mismo, cuando no de frente.

En el peor de los casos, el fuego, en su vorágine devoradora, unido a la erosión posterior, ha hecho perder a la tierra su manto vital, siendo sustituido por grandes cicatrices de roca desnuda, totalmente estériles. Auténtica imagen de la desolación después de la visión dantesca de un verano ardiente.

Esta contemplación de la luz y de la sombra, de la fertilidad y de la desolación, provoca en el viajero sentimientos encontrados sobre la civilización actual, tan cargada de injusticia y sufrimiento, de muerte y barbarie, de avances y soluciones, de lo que puede ser y no es. Surgen entonces, desde lo más profundo, como si de un volcán se tratara, sentimientos de rabia, de rebelión incontenible contra la resignada o interesada aceptación del actual estado de cosas.

Llegué a aquel pueblo, al cual había sido destinado como maestro, a principios de Septiembre. En mis primeros contactos con sus gentes aprecié un rasgo característico de estas tierras, la hospitalidad. A los pocos días ya conocía a la mayor parte de sus habitantes y comenzaba a vivir lo que después sería una de las experiencias más entrañables de toda mi vida y que me habría de marcar para siempre. No había pasado mucho tiempo y ya me sentía parte de su mundo, me aceptaban como a uno de los suyos a pesar de venir de una cultura y de un idioma diferente. Hasta tal punto llegaba su generosidad, que no me supuso ninguna dificultad adaptarme a los cambios que me había visto obligado a realizar: separación de la familia y los amigos, relación con nuevas gentes, nuevas tierras, en definitiva, otro mundo.

Aquellas gentes abiertas, fronterizas, "Castellanos de Galicia" (3), amantes del diálogo, allanaron cualquier tipo de obstáculo, hablaban en mi idioma cuando yo estaba presente, vencieron mi timidez, me ofrecieron sus casas, me integraron en sus fiestas, compartieron su ocio y algunas de sus inquietudes y preocupaciones.

Todo hubiera quedado en una experiencia humanamente enriquecedora si no hubiera conocido a Horacio. Era un hombre alto y enjuto, fuerte como un carballo solitario que ha resistido duros avatares a lo largo del tiempo. Los rasgos de su cara, unidos a su mostacho, recordaban a un cosaco que contrastaban con su mirada alegre y socarrona. Respiraba por todos sus poros un espíritu templado al fuego de la dura existencia; era uno de esos hombres que han hecho de sus necesidades básicas un camino abierto al exterior por el que poder transitar su espíritu curioso y aventurero. Su modo de ser le llevaba al encuentro con los demás, especialmente si venían de fuera. Este talante había hecho de sí mismo un hombre sabio.

Recorrí, hasta donde podía llegar con su bicicleta, los caminos de la comarca, pasó por sus pueblos arreglando relojes y máquinas de coser y entró en contacto con sus gentes recogiendo anécdotas, leyendas y cuentos.

Nos entendimos desde el principio; me ofreció su casa y amistad. Conocí a su esposa Carmen, menudilla y vivaracha, de respuesta rápida e inteligente. Conservaba restos de su anterior hermosura en sus grandes ojos claros y compartía con la gente del pueblo cierta desconfianza de todo lo que viniera del exterior. De fuera provenían grandes males y miserias, el poder caciquil, el poder eclesiástico y la Guardia Civil.

Con ellos viví noches inolvidables. En aquellas noches de amistad y literatura, rememorando la antigua costumbre de los "fiadeiros" (4) con un café de puchero y una "pinta" de aguardiente, descubrí el goce de la literatura oral a través de un contador genial. Mundos insólitos y sorprendentes surgían de las sombras, nítidos y luminosos. Fueron noches de plenitud, noches en las que se encontraban las partes escindidas de mí yo que, como un "vizconde demediado", incapaz de superar las contradicciones a las que estaba sometido por el mundo exterior, hallaba el sentido y la unidad perdidos de la mano o, más bien, de la voz, del gesto y la palabra de Horacio. En sus relatos, muchos de ellos oídos a su abuela Juliana, se entremezclan historias de un mundo mítico con historias del mundo real.

Como aquella "historia de los dos hermanos", que procedían de un pueblo cercano. En la altiplanicie pizarrosa de aquellas tierras se destacaban grandes rocas de granito, de formas ovaladas y aisladas unas de otras; un contraste sorprendente y extraño que era interpretado por las gentes más imaginativas del lugar como una prueba del "Diluvio Universal", pues la presencia de las grandes y redondeadas rocas no podía tener otra explicación mejor que haber sido arrastradas por las aguas de un gran diluvio. Me contaba Horacio con expresión socarrona, que estos hermanos, cuando emitieron las monedas de cien pesetas, con su aleación de cinc y plata, y que al poco tiempo retiraron al superar el valor de la plata que contenía la moneda su valor simbólico, se dedicaron a falsificarlas con los pocos instrumentos que podían disponer en una herrería de un pueblo de aquella zona. Lo que sacaban de la falsificación les daba para los gastos y poco más. Su trabajo, si es que se puede llamar así, pues estaba alimentado por la pasión inventiva, era puro ingenio mal pagado. La aventura terminó con su detención al ser descubiertos, pues las monedas, por el roce, se volvían oscuras al poco tiempo.

O esta otra protagonizada por los mismos personajes que, tocados por el espíritu de Ícaro, construyeron una avioneta con el motor de una moto. Una vez terminada, buscaron un lugar adecuado que permitiera el despegue, con barranco incluido. Consiguieron elevarse en el aire en un vuelo que, a pesar de no acercarse al sol, tuvo, forzado por la ley de la gravedad, un aterrizaje no del todo ajustado según las reglas al uso, quedando el artefacto totalmente destrozado. El intrépido piloto, con más suerte que Ícaro, pudo contarlo.

Las historias se iban sucediendo de manera natural, como el canto del cuco sucede al largo invierno y la rojiza castaña del otoño al verde luminoso del verano. No era la manera de contar de "Las mil y una noches" la que permitía ir generando y entrelazando entre sí las distintas historias, era otra, era la lógica soterrada de la subversión de un orden que se quería pasar por natural, tan unido siempre a quienes detentan el poder. Los personajes de estas historias exploran los límites de la realidad, sus posibilidades, no se resignan ante una cotidianeidad que nos puede resultar asfixiante. Son personajes marcados por un destino rabiosamente humano. Su decidida afirmación de libertad nos insufla aires liberadores a pesar de sus fracasos. ¿O es el fracaso de esta afirmación de libertad, la persecución de metas ilusorias, vistas con ironía y suficiencia, el elemento esencial de los cuentos? Como la historia que recuerdo que contaba Horacio a grandes carcajadas. Se trata de la historia de un hombre que huía del trabajo como de la peste y, pensando cómo librarse de él, llegó a la conclusión de que lo que le obli-

gaba a trabajar era que tenía que comer. Si conseguía vivir sin comer habría solucionado el problema. Así pues, se entregó por entero a la consecución de tal empresa. Los vecinos, cuando lo veían, le preguntaban cómo le iba. Les contestaba que los primeros días lo había pasado muy mal, pero, que ahora empezaba a sentirse bastante mejor, aunque un poco débil. De esta manera fueron pasando los días y casi consigue su propósito si no es porque los vecinos, al ver que ya no salía de casa, lo fueron a visitar y, encontrándolo tan postrado, tuvieron miedo de un fatal desenlace, por lo que decidieron, sin muchas contemplaciones, alimentarlo a la fuerza.

Así fueron pasando las noches entre cuentos, canciones, adivinanzas, leyendas y pequeñas historias. Muchas de estas historias me las contaban en su propio idioma, otras entremezclando su idioma con el castellano, según se adecuara a la situación y a mi comprensión.

Entre cuento y cuento, Carmen y Horacio me iban contando también su historia y la de su pueblo, como la historia del "Canal de Allande". Cuenta Horacio que el canal fue construido hacia mediados del siglo XVIII por el Concejo del pueblo. *"...En la leyenda que existe sobre el canal se dice que su trazado fue hecho por un pastor. Con él se riegan huertos y prados. Todos los años es reparado por los vecinos, "en concejo", a lo que están obligados por ley, para que el canal siga haciendo su función.*

El reparto del agua ha sido fuente de conflictos entre los vecinos en los últimos tiempos. Las normas para acceder al agua no han sido siempre las mismas. En una primera época, el modo de acceder era totalmente libre, sin otra limitación que guardar riguroso turno según el orden de llegada. No era raro que se tuviera que esperar, en tiempo de riego, más de un día, quedándose a dormir bajo un castaño para no perder el turno. Generalmente eran los niños y ancianos quienes realizaban estas tareas. Posteriormente, hará cerca de un siglo, surgió un modo diferente de realizar la distribución".

Los criterios seguidos son, a todas luces, arbitrarios e injustos, repartiéndose de manera desigual y, siendo como es el agua un bien comunal, debieran de haberse sometido "a común acuerdo de todos". Los datos aportados por Horacio así lo confirman.... *"Había vecinos que tenían hasta ochenta y seis horas de riego, mientras otros se tenían que conformar con una hora y media. Si se toma en consideración la extensión de los prados y fincas, –comentaba Horacio– resulta igualmente arbitrario: hay prados de una hectárea con cuatro horas de riego, mientras que otros prados de tan solo media hectárea tienen ocho horas".*

Una explicación razonable sobre cómo fue posible que se aceptaran estos criterios tan injustos del reparto del agua es que el poder caciquil, cuya existencia venía de antiguo, era capaz de imponer sus reglas a los pequeños campesinos. Este poder se fundamentaba básicamente en la propiedad de la tierra, muy desigualmente repartida. *"...No más de cinco familias eran las que poseían la mayor parte de las tierras. En situaciones de verdadera necesidad, como podía ser la falta de dinero con que pagar la contribución, acudían a casa del rico y usurero vecino a que se lo prestara a cambio de devolverle el dinero prestado con creces, previo aval de sus propiedades. También podía suceder que la muerte de una de las vacas de la pareja utilizada para el trabajo podía traer consigo esta dependencia y sometimiento (muchos vecinos tenían su pareja de vacas para el trabajo, otros, los menos, ante la imposibilidad de tener su propia pareja, se juntaban con otros para formarla). La muerte de un animal de trabajo era una gran desgracia; ¡Y no es de extrañar! De la pareja de animales para el trabajo agrícola dependía la supervivencia de la familia.*

Cualquiera de estas situaciones u otras parecidas de dependencia económica podían suponer el quedar encadenados a la opresión y explotación del rico y poderoso vecino, puesto que tenían que devolver con creces la prestación, ya fuera mediante el trabajo personal o la devolución en especies o entregando sus horas de agua o pagando intereses altísimos que, ante la imposibilidad de poder satisfacerlos, solían terminar con el embargo de sus tierras y con ello la miseria".

Estas relaciones de dominación se encuentran plasmadas en alguno de los cuentos de Horacio, como es el caso de este cuento: *"...Llegada la puesta del sol, un criado, viendo que el amo continuaba trabajando y la jornada no tenía visos de acabar, le dice al amo que su jornada (5) había terminado. El amo le responde que aunque se había acabado el sol, faltaba la madre del sol. El criado se encogió de hombros y continuó trabajando durante toda la noche. El trato había sido un saco de centeno por toda la jornada. Al llegar a cobrar, el criado se presenta con un jergón (6), por lo que el amo le dice que aquello no era un saco, respondiéndole el criado: «Si no es un saco, es la madre del saco»".*

La resistencia era palpable ante aquel reparto del agua, que consideraban injusto. Los partidarios de tal estado de cosas se defendían atribuyendo un componente emocional a los descontentos, la envidia. Esta coraza ideológica de atribuir sentimientos de envidia a los vecinos que pedían nuevos criterios de reparto, les servía para ocultar lo que era una relación social desigual, atribuyendo motivos mezquinos a los demás y así poder seguir siendo a la vez los beneficiarios del reparto del agua con buena conciencia. El resultado era que los descontentos iban creciendo ante el declive del poder caciquil y se negaban a colaborar en el mantenimiento del canal. Se puede expresar en la máxima "si yo no puedo, tu tampoco", de arraigada tradición en algunas culturas y que, a tenor de los resultados, parece ser que no ha aportado verdaderas soluciones a los problemas sociales, ya que estos, en su obstinación, continúan persistiendo. Aunque hay que decir a su favor que ha habido veces que ha servido para que los de arriba entraran en razón. ¡Claro que esto último no está garantizado en absoluto, más bien casi nunca!

Se cuenta que, durante la construcción del canal, sucedió la siguiente historia. "...Al ser construido por el pueblo «en concejo», tenía que ir uno por familia o vecino. Como se iba para todo el día, se llevaba la merienda y vino para todos. A eso del mediodía se juntaban y repartían el vino. Uno de ellos, más pobre que los demás, no llevaba merienda y no tenía a quién arrimarse. Preguntado por qué no se acercaba, contestó: «A mí me pasa lo que a la vaca que trajo cinco terneros, mientras cuatro mamaban uno tenía que estar mirando»".

El poder caciquil se había ido debilitando al mismo tiempo que la vitalidad del pueblo. El "despegue" económico del país produjo la emigración masiva de los años sesenta dejando al pueblo sin jóvenes. Un nacimiento o una boda eran acontecimientos históricos por su rareza. Fue en aquel tiempo cuando sucedió, que la única joven que quedaba, se fue para la gran ciudad. Aquel hecho acrecentó en el pueblo la conciencia hiriente de su muerte y un sentimiento de desolación de los pocos mozos que aún no habían conseguido irse.

El pueblo ya había conocido la emigración a Hispanoamérica a finales del siglo XIX y principios del XX, especialmente a Cuba y Argentina. La mayoría de ellos volvían. De Cuba "traían un machete y 3.000 reales de empeño", contaba Horacio refiriéndose a los repatriados de la época de la independencia. "...Nadie hizo capital y dejaban deudas pendientes de pagar que iban saldando con mucho esfuerzo y sacrificio". En poco menos de un siglo, el pueblo había pasado de tener alrededor de 360 habitantes a menos de un centenar, la mayoría ya muy mayores, pero aún con fuerzas suficientes para cuidar de sus vacas, criar a los terneros, cultivar las pequeñas huertas, recoger la hierba de los prados y las castañas en otoño con las que alimentar el cerdo. Su fuente principal de ingresos era, según decían, no sin cierta tristeza, las pensiones.

Los cambios producidos a partir de los sesenta en las condiciones materiales de sus modos de vida han traído un bienestar desconocido hasta entonces. El agua y la electricidad han llegado a las casas y con ello fregaderos, aseos, cuartos de baño y aparatos eléctricos. Lo que antes era prácticamente una sola estancia, con un fogón formado por una gran losa de pizarra en medio, ahora es como cualquier casa moderna. Se cocina con gas butano y en la cocina se encuentran los electrodomésticos básicos, nevera, lavadora y otros aparatos que hacen más llevadera la vida. La manera de alumbrarse mediante velas, candiles de sebo o de carburo sólo es un recuerdo. Ya no se da el caso de amanecer con una capa de nieve cubriendo las mantas de la cama después de una noche de ventisca (la nieve penetraba por los huecos que dejaban entre sí las pizarras del tejado). Ni se respiran los vahos de las cuadras de las vacas, que subían desde la planta baja, filtrándose por entre las tablas mal ajustadas, a la planta alta habitada por las personas.

El cambio supuso también la desaparición de muchos de los oficios surgidos en la comarca al amparo de una economía de autosubsistencia. Con ellos han desaparecido los objetos y utensilios necesarios para su desempeño y todo un mundo que se desarrollaba a su alrededor. Ya no existen los picapedreros, las casas se hacen con otros materiales que resultan más asequibles y baratos que la piedra de granito y no ofrecen la dificultad de la piedra de pizarra; su uso como material de construcción requiere una gran pericia por sus formas irregulares. Se ha impuesto el ladrillo, extraño en este lugar, y cuando no es así, la gris y fría humedad de los bloques de cemento, fea estética que se impuso en la época del "desarrollismo", cuando la gente empezó a vivir de manera más desahogada, para añadir alguna dependencia más a la casa, cuadras y cobertizos. Ni se ve a los caleros extraer la cal viva de la caliza, cal que

guarda en su interior el fuego abrasador, del que se apropió en improvisados hornos alimentados con las raíces y ramas de brezo. La cal era uno de los materiales empleados, junto con la arena, el barro y el agua, para formar la argamasa que se utilizaba en la construcción de las casas. También servía para encalar las paredes. Era un trabajo temporal para el que se juntaban varios vecinos y del que obtenían algún ingreso que añadir a la deficitaria economía familiar. Este mundo de curtidores, herreros, carpinteros, sastres, tejedores y otros oficios se puede conocer por algunos de los instrumentos utilizados, utensilios que han ido a formar parte de los objetos expuestos en los museos etnográficos.

Otra manera de acceder al conocimiento de este mundo de hábiles artesanos es a través de lo que perdura en la memoria de las gentes, puesta de manifiesto en sus cuentos y, de una manera muy especial, en sus adivinanzas.

Alguno de estos oficios se resiste a morir. En el tiempo en que estuve, se seguía tejiendo en **telares** (7) muy primitivos y realizaban todas las labores previas que el tejer requería: hilar la lana o el lino, enrollarla en el **sarillo** (8) para hacer las madejas. Antiguamente se tejía con lana y lino todo lo necesario para satisfacer las más elementales necesidades que la vida requería: sábanas, mantas y colchas, telas para hacer camisas, vestidos, todo tipo de ropa interior, servilletas y manteles, costales y “farrapas” (9). También aquellos enseres como trajes y vestidos que se ponían en días solemnes y extraordinarios.

El lino se sembraba a mediados de mayo en tierras ligeras, “movidas”, media hectárea como máximo, suficiente para satisfacer las necesidades de la familia, y se recogía a primeros de agosto. Se arrancaba de noche, para que no se desgranara, por las mujeres, verdadera alma de la economía de la comarca. (Las mujeres cuidaban de los animales domésticos, hilaban, tejían, cultivaban los huertos y colaboraban en todas las labores agrícolas, aparte de atender la casa y criar a sus hijos). De la linaza se obtenía el aceite para hacer pintura con la que pintar las puertas y ventanas.

“...Cuando se encontraron la linaza y el maíz, le dijo el maíz a la linaza:

– Tú, linaza presumida, que a los tres días estás nacida.

– No voy a ser como tú, millo, millón, que tardas un mes en salir debajo del terrón”.

Una vez arrancado el lino, se hacían manojos de un puño, se dejaba secar y se desgranaba debajo de un castaño con unos peines de madera. Los manojitos se juntaban hasta hacer un “mollo” –treinta y dos manojitos–. Posteriormente se llevaba al río, se ponían piedras encima para que no flotara y se tenía ocho días en ablando. Después se ponía a secar de pie y extendido. Se traía para casa para hacer las “mazadelas” a finales de agosto y principios de septiembre: las mozas y mozos se reunían por barriadas y se mazaba golpeando el lino con las mazas.

En esos días los mozos rondaban a las mozas y les cantaban canciones como “A la luz de la luna voy al molino”; o esta otra:

*Esta casa sí que es casa,
éstas sí que son paredes,
donde está el oro y la plata
y la flor de las mujeres.*

*Estrellita forastera
no tienes que acobardarte,
aquí está mi corazón
para quererte y amarte.*

Una vez hecha la mazada, se espadaba el lino en una cuadra con una espada de madera y una “fitoida”, tabla de unos veinte centímetros terminada en punta para sacar los desperdicios que no salían con la maza. Luego había que “tascarlo” –se volvía a espadar después de pasarlo por el humo– y “asarlo”. Esto último se realizaba con un instrumento formado por una tabla larga con unos pinchos en el centro. Se hacían dos pasadas; lo que quedaba de la primera era la estopa, el lino gordo. De la segunda pasada quedaba la “estopiña”, que era un lino finito, preparado ya para poderse hilar. El lino se hilaba igual que la lana, con una rueca y un huso, sólo que el huso del lino era algo diferente al de la lana, “husa” se llamaba. Para hilar el lino se necesitaba mojarlo a base de mucha saliva, por ello se metían una castaña o un trozo de cuarzo en la boca. El resultado del proceso era una madeja que se

ponía a cocer con ceniza de negrillo o de roble, así el lino quedaba blanco, flexible y dócil. Se deshacían las madejas con la “devadeira” y se formaban los ovillos, y ya quedaba listo para tejer.

Del lino se aprovechaba todo. De la linaza se extraía aceite con el que se hacía una pintura de color rojo al mezclarse con el “bermellón”, roca de cinabrio que se da en la zona. Con ella se pintaban puertas y ventanas.

En la época en que llegué al pueblo, quedaban entre diez y doce telares y alguna tejedora. Esta resistencia a desaparecer de un mundo que se va se plasma en la pervivencia de la tradición oral, en sus adivinanzas, en sus cuentos, saber acumulado a lo largo de siglos y transmitido de generación en generación (10). Esta sabiduría del pueblo era algo más que un saber práctico. Sus adivinanzas son sorprendentes hallazgos imaginativos, minúsculas joyas literarias precursoras de las vanguardias que habían de llegar. Están llenas de humor y, algunas de ellas, de doble sentido. Uno de sus significados tiene que ver con el contenido sexual: aspecto reiterativo y juego de complicidades. En las adivinanzas, los objetos, ya desaparecidos del mundo real, perdida su materialidad, han cedido su espíritu al mundo de las palabras, quedando en ellas para siempre. Ya no representan metafóricamente a los objetos ni a las acciones que se realizaban con ellos sino a su fantasma. El **aceitero** (11) era sólo un recuerdo. Venía con sus barriles de aceite cargados en caballerías. El aceite salía del barril por una especie de grifo y las mujeres aprovechaban hasta la última gota. Lo mismo que ya no se ve a los comerciantes de Guijuelo, cambiando tocino por jamón a razón de 1,5 Kg. de tocino por un 1 kg. de jamón. La razón era que el tocino, ante la escasez de alimentos, daba para más, tiene más calorías y no tiene hueso.

Los vendedores ambulantes que pasan actualmente por estas tierras vienen en furgonetas a vender pescado, fruta y algún producto al que no se tiene fácilmente acceso o que, por su bajo precio, puede ser una tentación el comprarlo a cambio de cerrar los ojos sobre su procedencia o la falta de la garantía de calidad. Como así ocurrió con el aceite de colza, que fue manipulado con productos que resultaron mortalmente tóxicos para que adquiriera el color del aceite de oliva. Es uno de los mejores ejemplos de cómo afrontar la competencia del “libre mercado” de cara a obtener los máximos beneficios, sin importar los medios empleados ni las consecuencias de los mismos. Ley económica del sistema capitalista que se viene cumpliendo fatídicamente sin que sus víctimas extraigan las lógicas consecuencias.

De los **molinos de agua**, aparte de sus ruinas, queda esta adivinanza: “¿Qué cosa es que bebe por un pie, come por un ojo y caga por entre dos costillas?”. Su espíritu, probablemente, ha ido a refugiarse en un cuadro cubista o surrealista, esperando al pintor que le dé la nueva corporeidad. El espíritu fantasmático de alguna de estas adivinanzas, como la de **la romana** (12), se ha ido a materializar en los nuevos sacerdotes y adivinos postmodernos, ya sea en versión seria, como el Presidente del Banco Mundial, o en versión frívola, como cualquier Rappell de turno con sus peculiares vestimentas y amuletos.

Hay adivinanzas surgidas del mundo infantil, de sus juegos y juguetes imperecederos, aunque hoy olvidados en el desván de la memoria, pero que siguen esperando a que este tipo de sociedad consumista desaparezca, que da todo hecho ¡siempre que sea como mercancía!, y a la que no todos tienen acceso, más bien los menos. Un sistema social favorecedor de una cultura que limita la alegría de inventar, de crear mundos simbólicos con los elementos más sencillos, como sucede cuando un palo se convierte mediante la magia del niño en un veloz caballo. Juegos y juguetes que siguen esperando a ser recuperados y así poder volver al mundo real. Quiénes sino los niños, y sólo ellos, son los que pueden transformar **una bellota** de este modo: “Fui al monte, con lo que traje hice dos mesas, dos artesas y un canastillo para las cerezas”.

Otros objetos perduran, pero ya han dejado de ser necesarios en la vida cotidiana y su uso es infrecuente, hasta tal punto, que a las nuevas generaciones urbanas les resultan prácticamente desconocidos (13). Horacio y, en este tema de las adivinanzas, Carmen, me las contaban buscando el divertimento, el ingenio, transmitiendo, seguramente, lo que debió de ser el espíritu de los “fiadeiros” en épocas pasadas: se buscaba la complicidad de los oyentes sobre temas sobre los que no podían ser abordados abiertamente, como el tema sexual, que era uno de los significados implícitos de algunas de ellas.

No podían faltar adivinanzas referidas a sus necesidades básicas o a los animales con los que pasaban parte de su vida y que eran tan importantes en la misma. Animales que se convierten en mitológicos o surrealistas (14). Tampoco faltan los alimentos (15), como la sal o el huevo. La riqueza de las adivinanzas no se agota con estos temas. En ellas han quedado plasmadas desde la zarza a la campana (16).

Otra de las habilidades de estas gentes, sobre todo de las mujeres, es la cestería, actividad que se seguía realizando en el tiempo en que yo viví en el pueblo, aunque muy limitada a algunos cestos y poco más, pues han sido sustituidos mayormente por cubos de plástico. En épocas anteriores hacían cestas y cestos de todos los tamaños y formas, tan necesarios en su economía, pues ello les permitía recoger y almacenar muchos de los productos de las cosechas. Los cestos se utilizaban para vendimiar, recoger castañas, patatas y frutas. Se hacían “canizos”, especie de balsa para secar las castañas en la chimenea, y “cestos barrileiros”. La materia prima la obtenían de las mimbreras que plantaban en las linderas de los prados. Los setos formados por las mimbreras servían además de cercado. Las mimbres se cortan en agosto, que es cuando se extrae mejor la corteza. Se dejan tres o cuatro días en agua para que cojan flexibilidad y no se rompan. Uno de estos cestos era utilizado para poner la ropa sucia, especialmente en invierno, ya que no se podía lavar; se lo conoce por el nombre de “cesto barrileiro”. Este cesto forma parte de un relato de Horacio que gira en torno a la sumisión, con consecuencias tan esperpénticas, que hasta el mismo Valle Inclán lo podría firmar:

“...Sucedió una vez que al poco tiempo de hacer la iglesia salió una flor en la fachada de la torre por encima del campanario, que llamó mucho la atención de la gente, pues era una flor muy rara, diferente a todas las demás. Ante aquel acontecimiento se reunió la gente y como el alcalde era el dueño y señor que mandaba y ordenaba, les dijo que costara lo que costara había que alcanzar aquella flor. Estudiaron la forma de poder alcanzarla y decidieron reunir varias escaleras y atarlas, pero las escaleras se doblaban con el peso y no dio resultado. Entonces se les ocurrió juntar todos los cestos barrileiros que había en el pueblo, poner uno sobre otro hasta llegar a la flor. Pero resulta que quedaron a falta de uno. Ante este nuevo fracaso, el alcalde dijo que aquello tenía fácil solución.

– Quitad el cesto de abajo y ponedlo arriba.

Como persona de autoridad y prestigio, le hicieron caso. Al hacerlo, se derrumba la torre de cestos, matándose el que estaba arriba.

A pesar de lo sucedido, el alcalde continuó en sus trece.

– ¡Esto no puede quedar así, ya que si hemos fracasado en este intento, hay que buscar otra solución!, les dijo.

Y se le ocurrió juntar todas las cuerdas y, atándolas unas a otras, lanzaron un cabo desde lo alto del techo, logrando pasarla por encima de la torre, junto a la veleta, al otro lado. Ataron por una punta a un voluntario. En vez de atarlo por debajo de los brazos, lo ataron por el cuello. En el lado opuesto de la iglesia comenzó a tirar toda la gente, menos dos viejos, que ya no se atrevían y se quedaron mirando la escena sentados en las raíces de un castaño y liando un cigarrillo con hojas de maíz. Mientras observaban al que iba a buscar la flor, le dijo uno a otro:

– ¡Pues la cosa tiene que ser interesante, todavía no está ni a la mitad y ya le va dando la risa!”.

Literatura y vida iban de la mano como sucede en todas las culturas rurales. Cuentos, adivinanzas, canciones servían de entretenimiento en las largas noches de invierno cuando se iba de “fiadeiro”: varias familias se juntaban en casa de una de ellas y se reunían en la cocina en torno al fogón. Se hilaba, se hacía calceta, se jugaba a las cartas y se contaban cuentos que iban pasando de una generación a otra, cuentos que hoy día clasificaríamos como cuentos para niños, pero que en aquel entonces entretenían a grandes y pequeños, como pueden ser estos cuentos de lobos y raposas:

“...Un día, el lobo y la raposa salen a cazar juntos. Cazaron un carnero y se comen parte de él. La otra parte la guardan para el bautizo de los críos de la raposa y le enterraron. A la noche siguiente, la raposa fue a donde enterraron el carnero y comió un bocado. Al día siguiente, cuando se encontraron, el lobo le pregunta a la raposa:

– ¡Oye comadre! ¿Qué nombre les vamos a poner a los críos?

La raposa le contestó:

– Empezadallo, compadre.

A la noche siguiente, la raposa va y se come otro bocado y el lobo le sigue preguntando:

– ¿Qué nombre les ponemos a los críos?

– Mediadallo, compadre.

La raposa continúa yendo por la noche y el lobo preguntándole:

– Bueno, comadre. Por fin, ¿qué nombre les vamos a poner?

– Acabadallo, compadre.

Y llegó el día de bautizar a las crías y fueron al lugar donde habían enterrado al carnero. Se veía el rabo fuera y le dice la zorra al lobo:

– ¡Ay compadre! Tira que tú tienes más fuerza.

El lobo tiró y cayó patas arriba y dijo la zorra:

– ¡Tú has tenido que comerte el carnero!

– ¡Que no comadre, que yo no he comido el carnero! Yo cumplo mis compromisos.

– Bueno, pues vamos a echarnos al sol en aquella ladera y a quien le sude el rabo, ése ha sido quien se comió el carnero.

Y dicho y hecho, el lobo se acostó y durmió a pierna suelta. Mientras la raposa, que no dormía, se levanta y le meó en el rabo. Lo despierta y le dice:

– ¡Ay compadre! Así que dixes que no fuísteis tú o que comisteis o carneiro e mira como te xudó o rabo.

O meo conto acabado e a voxo o culo furrucado... ”.

“...Estando el lobo en la Lama da Espayela, una zona pantanosa que le servía de refugio, estirose y «estouró o rabo» (estiró el rabo) y dijo: «Mao vo a tener ruín día» (hoy voy a tener un buen día). Entonces llegó al «moiño de abaxo» (molino de abajo) y encontró una «porca con vacoriños» (un jabalí con sus crías) y díxole:

– ¡Voite a comer os vacoriños!

Y la porca contestole:

– ¡Mire, no los coma, que están sin bautizar! Vamos a bautizarlos ya. Después os pode comer.

Entonces el lobo preguntó qué tenía que hacer para bautizarlos e díxole la porca:

– Eso es muy fácil, métase por baixo do moiño e séntese en o rodecio. Eo vou arriba a votolos pra abaixo y usted va os bautizando.

La jabalina, en vez de echarle los jabatos, le echó el agua, haciendo que empezara a andar el rodecio, a dar vueltas. El lobo terminó atontado, mientras tanto, la porca escapó. Y dijo el lobo:

– «Esta pasoume, más otra nou me pasa».

Siguió más adelante y encontró a cuatro carneros en Casares y les dijo:

– ¡Oh carneiros, ahora voy a comeros!

Los carneros contestaron:

– ¡Qué ben que vinieses, nos hacía falta otro! ¡Ahora no nos comas. Primeiro vamos a partir o prado. Logo ya nos podes comer!

Y les contesta el lobo:

– ¿Qué tengo que hacer?

– Ponte en el medio do prado.

Los cuatro carneros se fueron uno a cada esquina, abrieron carrera, lo pillaron en el medio, lo dejaron maltrecho y se escaparon. y dijo el lobo:

– «Esta pasoume, más otra nou me pasa».

Siguió buscando para comer y en la Costa, lugar donde se echaba a las ovejas y se dejaban solas, el lobo las olió, vio una oveja con su corderito y se le acercó.

– ¡Ahora os voy a comer!

– Déjame criar al cordero. Voy a casa y después vengo.

Cuando estuvo lejos, echó a correr y se dijo: «Desde que soy oveja ruza (negra) nunca había llevado tan gran escaramuza».

A los críos, nada más nacer, se les ponía una especie de camisa y se les envolvía todo el cuerpo, incluidos los brazos, hasta los dos años. Se tenía la idea de que los huesos de los niños –columna, piernas– podían deformarse por su debilidad, por ello no se podía dejar de vendarlos hasta dicha edad. Se calmaba a los niños con nanas cantadas al ritmo de ruela:

CANCIONES DE NANAS

*Duérmete mi niño
que tengo que hacer
lavar lo pañales,
planchar y coser*

*Oooh, oooh, oooh,
Oh me nino, oh,
que teu pae foi o eiró
y tua mae por la tabureta,
oooh, oooh, oooh,
no chores, me nino, oh
que xa vene a darte la teta.*

No siempre se les cantaban nanas para calmarlos. Para que dejaran de llorar se utilizaban otros recursos que hoy día no veríamos con buenos ojos. "...Se rascaba en algún mueble u objeto de madera y se decía «¡Quietos! Ahí viene el Rampoño». O se roncaba sin que el niño se diera cuenta y se decía «¡Chiiss! Ahí viene o Ronco!»".

Según crecían se iban integrando en el mundo adulto, asumiendo gradualmente sus actividades. Era la edad de jugar a la "Villarda", "a tirar o ferro", a los bolos y de contar cuentos:

"...Andaba un gato a murar, (al acecho) a la caza de ratones. En esto que se asoma un ratón por un agujero y ve por allí, al borde de una tinaja, un ramo de uvas (pepitas) y sale. El gato que lo ve se abalanza sobre él y el ratón, en su huida, cae a la tinaja. Cuando ya se ve ahogado, pide auxilio. El gato le dice que si lo saca seguro que se lo va a comer.

– Sácame y después me podrás comer.

Lo saca y el ratón le dice:

– Ahora no me comas. Deja que me seque y luego ya me comes.

En un descuido del gato el ratón se escapó.

– ¡Traidor! No cumpliste tu palabra.

A lo que contesta el ratón:

– Si lo dije es que estaba borracho...".

Cuando los jóvenes cumplían dieciocho años, entraban en la mocedad. Este hecho se simbolizaba mediante el pago de un cántaro de vino. La mocedad era la gran protagonista de la fiesta de "Los Reyes". Si creyeran en Baco, como los romanos, estas fiestas serían las "bacanales". Durante una semana se comía, se bebía y se bailaba la muñeira. En la fiesta participaba todo el pueblo y el lugar de celebración era la casa del Concejo. Comenzaba el día 6 de Enero y se prolongaba durante toda una semana. En ella tenía lugar la elección del nuevo "rey" por los mozos –para ser mozo se requería haber cumplido dieciocho años y permanecer soltero–. Durante la semana de fiestas había un rey, el "rey viejo", que ter-

minaba su reinado, y un "virrey", que sería coronado como nuevo rey el último día de las fiestas. El "rey" se encargaba durante todo ese año de los asuntos de la mocedad: de la música en las fiestas, de llevar a las mujeres al baile... Después de la ceremonia salían por el pueblo montados a caballo. La víspera de Reyes, por la noche, se cantaban los "Reyes" de puerta en puerta. Una característica de estas canciones que me hizo notar Horacio es que son cantadas en castellano. Iban todos los mozos acompañados de gaitero, tambor y bombo (existía tradición musical y los músicos eran del propio pueblo):

CANCIÓN DEL "REINADO"

*De oriente salen tres Reyes,
todos tres en compañía,
ni preguntan por posada,
ni tampoco por comida,
preguntan por los portales
donde el Rey nacido había.*

*¿De quién es aquel sombrero
que relumbra en la cocina?*

*Es del señor Horacio
que por muchos años viva.*

*¿De quién es ese pañuelo
que relumbra en la cocina?*

*Es de la señora Carmen
que por muchos años viva.*

El día de Reyes los mozos iban por todas las casas pidiendo el aguinaldo. Cada casa entregaba un costillar del cerdo. Las mozas, por su parte, junto con los niños y niñas, recogían los "ramos" que varios días antes ya habían comenzado a hacer con rosquillas, naranjas, caramelos y lo mejor de cada casa. Se mataba una ternera y a veces hasta dos. Se llevaban de quince a veinte cántaros de vino y dos cocineros para hacer la comida.

Uno de los días era el "día de los invitados". En ese día se invitaba a todo el mundo. En el último día, se "levantaba la bandera", salían otra vez por todo el pueblo y se volvían a dar ramos al "rey nuevo", que iba montado en un caballo, y chorizos al "rey viejo", que, a su vez, iba montado en un burro, dando fin a la fiesta.

Había otras fiestas, como "Las Quintafeiras", los Carnavales, pero ninguna como la de "Los Reyes".

En la realización de las faenas del campo siempre estaba presente algún elemento de la tradición oral.

Una de las faenas agrícolas que merece ser destacada es "Las Majas". Como en otras muchas actividades de la comarca, sus gentes se agrupaban para realizar un trabajo cooperativo, aspecto cultural surgido de la necesidad de aprovechar al máximo los recursos humanos disponibles. Durante los meses de verano, cuando se recogía la hierba de los prados, se cosechaba el lino y el centeno, se juntaban todas las vacas del pueblo y se llevaban al "Coto", una pradera comunal. Con un par de personas al cuidado de las vacas era suficiente. Había mucho que hacer y en un periodo limitado de tiempo. A principios de agosto, una vez segado el centeno, que se hacía con hoz, instrumento utilizado desde los celtas y mucho más apropiada que la guadaña, que era utilizada para segar la hierba de los prados, y preparadas las gavillas (17), se juntaban formando un "medonco", que era acarreado a la era. La eras solían ser de varias familias y requerían una labor previa antes de iniciar la majada: se elaboraba una pasta formada por boñiga de vaca y agua. Se amasaba bien y se aplastaba hasta convertirse, una vez seca, en una pista. Ya en la era, el centeno se extendía formando una "meda" (18), se colocaban alrededor mollos de pié para parar los granos que saltaran y se juntaban tantos vecinos como fueran necesarios para formar una pandilla. La componían generalmente catorce o dieciséis personas. Se colocaban la mitad a cada lado formando una "banda". Cuando una banda flaqueaba y se veía que no caían los "manales" (19) con fuerza, se les animaba diciendo: ¡Parece que va floxa a vosa banda!

Las bandas solían picarse entre sí, sobre todo si una de ellas sacaba la "tumba". La tumba era un sonido que retumbaba, bumm, bumm, bumm. Se sacaba con tres majadores golpeando a la vez. Re-

quería precisión y coordinación. Si esto sucedía, los que sacaban la tumba se iban a beber vino como premio a su hazaña. Se andaba para atrás y para adelante y se golpeaba tres o cuatro veces en el mismo sitio. A veces se picaban tanto las pandillas que se molía la paja.

Las mujeres eran las que daban la vuelta a la paja, "las volvedeiras". Una vez que se habían dado dos vueltas, el centeno quedaba majado.

Los alimentos que sostenían el esfuerzo de los majadores eran el pan, el vino y las nueces.

Ya sólo quedaba la limpia, que se hacía a viento, y, por último, llevar el centeno para casa.

El centeno era la base de la alimentación. De él se obtenía la harina con la que se hacía el pan de centeno y los salvados con que alimentar a las vacas y a los cerdos.

Durante las "majas" se cantaban canciones que ayudaban a la creación del ritmo de majar y a su mantenimiento.

"CANTAR DE SIEGA"

*La sirena de la noche,
la Clara de la mañana
y el Emperador de Roma
tienen una hija bastarda.*

*La pretenden condes y duques,
caballeros de alta fama
y la niña como es discreta
a todos los desengaña.*

*Unos que ya eran viejos,
otros que no tienen barba
y otros que no tienen puños
para manejar la espada.*

Muchas canciones de siega eran traídas por portugueses, que venían a hacer la siega.

Hay un dicho de la zona que expresa de alguna manera la idea que se tenía de los portugueses por una lado y de la mujer que tenía la desgracia de tener un hijo de soltera por otro: "Esa queda para un portugués". Según esta visión, los portugueses ocupaban un escalón más bajo del estatus social que los más pobres de la comarca. Estaban más necesitados y por ello dispuestos a casarse con una mujer rechazada por los del lugar, por su "pecado", con tal de mejorar su posición social.

Este tipo de valores permite apreciar la personalidad de Horacio, su independencia de criterio, su valentía, capaz de pasar por encima de prejuicios profundamente arraigados en la mentalidad de estas gentes. Horacio procedía de una familia pobre, aspecto que su futuro suegro debía de haber tenido muy en cuenta, pues se opuso desde el primer momento al noviazgo con su hija. Pero no se amilaron y continuaron viéndose a escondidas. La consecuencia de estas relaciones fue que Carmen quedó embarazada, hecho buscado intencionadamente para socavar la resistencia del padre de Carmen al casamiento. Finalmente este objetivo lo lograron, pero quince años después, los mismos años que tenía su hijo.

Una de las fuentes que alimentaban los cuentos y leyendas eran sus creencias sobre el diablo o, como ellos lo llamaban, el "demo", los muertos, las "peladas" o brujas y otros seres entre imaginados y reales. Cuenta Horacio:

"Todavía es conocida la leyenda del diablo. Esto era una tierra grandísima, el amo traía una cuadrilla de segadores y sucedió, que al terminar de segar, no se pusieron de acuerdo sobre el jornal a recibir por lo que se marcharon dejando el centeno sin atar. Entonces invoco al diablo prometiéndole el alma de su hijo pequeño si él ataba las gavillas. Inmediatamente después de hacer la invocación apareció el diablo y comenzó a atar el centeno. En esto llegó la mujer con la merienda y al ver al marido lleno de miedo, preguntó qué le ocurría. Entonces el marido le contó lo que había pasado y la mujer le dijo: «Déjame a mi que esto lo arreglo yo». Se desnudó y le empezó a hacer señas al diablo, pero éste no le hacía caso hasta que en un momento dado se apercibió. La observó y se dijo: «Cola en la cabeza, quiñones en el pecho, bigote en el culo, ¿qué diablo de bicho eres tú? Al no conocerlo, dejó de atar y se marchó...".

En alguno de estos cuentos se intuyen corrientes de pensamiento subterráneas que, como un Guadiana, salen en ocasiones a la superficie. La narración oral ha sido el modo en que estas concepciones del mundo, de la vida, de la sociedad, se han podido manifestar sin censura o persecución. Se apreciaba en Horacio, cuando contaba estos cuentos, un aire socarrón. No participaba de los rituales religiosos del pueblo, por ello era mirado con desconfianza. Estoy convencido de que sus convicciones eran, cuanto menos, agnósticas, y su manera de poder expresarlas era a través de los cuentos.

Una de estas leyendas en las se refleja la crítica a la Iglesia y a las maneras de las que se ha servido a lo largo de los siglos para ejercer su poder es la **“Leyenda de San Cipriano”**. Cuenta Horacio:

“En tiempos en que se pagaban diezmos y primicias a la Iglesia, parece que el pueblo tenía una cierta queja de esas cosas porque se hacía un poco duro. Entonces acordaron que era mejor suprimir los diezmos, pero al cura del pueblo no le interesaba eso, no le convenían ciertas cosas y, en conciliábulo con el sacristán, una víspera de fiesta se llevaron al santo patrón, San Ciprián, al hueco de un castaño, en el camino de Portugal. Allí quedó en el hueco con el sacristán debajo.

Al día siguiente, estando la gente en la iglesia para oír misa, se encontraron sin el santo, nada más estaba el sitio. El cura les dijo:

– ¿No veis? Por no querer pagar los diezmos el santo se ha enojado y se ha marchado. ¡Tenemos que ir a buscarlo!

El pueblo no es capaz de verse sin santo patrón y decide ir a buscarlo. Así que salieron en procesión, camino de Portugal. Finalmente se encontraron con el santo, que estaba de espaldas en el hueco de un castaño y dijo el cura: «¡Está de espaldas. Esto debe de ser porque está enfadado!». Entonces el pueblo se puso a cantar. Comenzaron los hombres: «Santo Cipriano vuélvete a nos». Y contestaron las mujeres: «Diezmos y primicias pagaremos nos». Según iban cantando, el santo iba dando la vuelta, lo que hizo que el pueblo cada vez cantara con mayor fervor, hasta conseguir que se pusiera mirando hacia ellos. Así se lo llevaron. Esto se contaba en tiempos de mi abuela Juliana...” (20).

Esta actitud crítica hacia los curas se expresa incluso en sátiras, como estos mandamientos anticlericales que Carmen oyó a su abuelo Valentín, de los cuales sólo recuerda algunos:

- ◆ *Primer mandamiento: Decir la misa por interés do diñeiros.*
- ◆ *Segundo: A responsar que morra todo o mundo.*
- ◆ *Tercero: Comer boa vitela y bon carneiro.*
- ◆ *Cuarto: Ayunar desde que farto.*
- ◆ *Quinto: Beber bon viño tinto.*
- ◆ *Sexto: Poner una barriga como un cesto.*

Los dichos, responsos, oraciones, o mejor dicho, los falsos responsos y oraciones, que toman prestada la estructura formal de los rezos y plegarias para expresar un contenido satírico, salpican las actividades de la vida diaria: *“...Pasando el río por un tronco estrecho, un hombre iba diciendo: ¡Válgame dios, válgame el diablo! Cuando terminó de pasar dijo: ¡Ahora me cago entre ambos!”*.

Entre todos los cuentos de Horacio, hay uno que me parece una auténtica joya de la literatura de tradición oral: **“El cuento del gallo, la hoz y el molino”** (21).

“...Era una vez un hombre que, sintiéndose ya viejo, dejó todo lo que tenía a sus tres hijos después de haberles enseñado su funcionamiento y utilidad. A uno le dejó un gallo, a otro una hoz de “pica” y al tercero un molino.

Al poco tiempo muere el padre y deciden recorrer mundo. Así que parten para otras tierras y llegan a esta zona.

El hijo del gallo llega al pueblo ya anochecido, pide posada y es acogido en una de las casas, quedándose a dormir. Como era costumbre antes de acostarse, comentan las tareas que tienen que hacer al día siguiente y dejar todo preparado. Tienen que enganchar las vacas al carro para ir a buscar el día al alto de Cabeciña. El hombre, muy sorprendido de lo que acaba de oír, les dice que tiene un animal,

que cuando canta, viene el día y que no necesitan ir a buscarlo. Esperaron a ver qué pasaba y sucedió que a eso de la media noche, el gallo se puso a cantar. Se levantaron y no vieron el día. Pero el amo del gallo insistía que el bicho cantaría cuando viniera el día. El gallo cantó otra vez y seguía sin venir el día. El hombre seguía insistiendo que cuando cantaba el gallo venía el día, quedándose preocupado y temiendo que fuera castigado por el Alcalde, que era el amo del pueblo, por el posible engaño. El gallo cantó de nuevo, se levantaron todos otra vez y vieron que el día ya llegaba, pues había comenzado a clarear. Ante tal acontecimiento, reunieron a todo el pueblo y le contaron la facultad tan prodigiosa que tenía el bicho, que cuando cantaba por la noche venía el día. El beneficio que les traería sería grande, pues ya no tendrían, en adelante, necesidad de ir todas las noches con la pareja de vacas al alto de Cabeceña a buscar el día. Debatieron el asunto en Concejo y acordaron comprarlo, pagándole mucho dinero para aquel tiempo.

El hombre del gallo, ante el temor de que el gallo fallara, decidió irse del pueblo, mirando de vez en cuando para atrás por si le seguían.

Hablando del bicho, pensaron que lo tendrían que alimentar. Pero ¿de qué se alimentaba? Como el hombre se acababa de ir, salieron corriendo en su busca. Lo divisaron ya bastante lejos y comenzaron a llamarlo a grandes voces. El hombre, al oír aquellas voces, creyendo que nada bueno podía esperar, comenzó a correr y cuanto más corrían los del pueblo más corría él. Las gentes del pueblo le gritaban «¿De qué se alimenta el bicho?». Al oír esto, les contestó lo primero que le vino a la mente. «¡De saltamontes!».

Regresaron al pueblo y prepararon escopetas y palos, todas las armas de que disponían, y se distribuyeron por parejas para ir a cazar saltamontes. Llegado el mediodía, una de las parejas no había cazado ninguno, ya sea porque no era la época o por cualquier otra razón. Teniendo mucho calor uno de ellos, se acercó a un manantial a beber agua, cuando vio que un saltamontes se le había posado en el pecho. Haciendo señas al compañero, le señalaba el saltamontes posado en su pecho. El otro cargó la escopeta y sin mirar a más, disparó sobre el saltamontes. Pum, matando al compañero.

Era la época de comenzar la siega. Como era tradición, se reunían todos los hombres en concejo y juntos se encaminaban al campo a segar. Utilizaban cuchillos de hueso y hasta de piedra. En aquella ocasión, los acompañaba el hijo que había heredado la hoz de pica. Era una hoz con muescas en uno de los lados, en forma de sierra, terminando en una punta doblada. Viéndoles segar tan trabajosamente y con tan poco rendimiento, les señaló el utensilio que llevaba consigo y comenzó a segar. En poco tiempo había segado tanto como veinte hombres en un día. Quedaron asombrados ante tan prodigioso utensilio y decidieron comprársela a un buen precio. Una vez que la hubo vendido, se marchó y los demás siguieron su trabajo, comenzando uno de ellos a segar con la hoz. Al primer intento, el hombre se cortó los dedos de la mano. Lleno de gran dolor y miedo, lanzó la hoz lejos de él, quedando ésta con el rabo para arriba, y comenzó a dar grandes gritos, a los que acuden los demás. Les dice que aquel bicho era un bicho fiero, pues, nada más comenzar, le había cortado la mano. Un gran miedo cogió a todos y, rodeando la hoz, comenzaron a tirarle piedras. Al darle en el rabo, la hoz salta y, cuanto más le dan, más salta. Los hombres decían asombrados: ¡Es un bicho fiero!

Viendo que era imposible matarla con piedras, se les ocurre prenderle fuego alrededor para ver si con el fuego es posible acabar con aquel bicho. En el momento en que el fuego llegó a la hoz, comenzó a retorcerse. Alguno de ellos decía: «No te enrodilles, bicho fiero».

El hijo que había aprendido el funcionamiento del molino llega también a aquella comarca y decide quedarse, pues desconocían el molino de agua y continuaban moliendo en morteros. Construye un molino y la gente lleva a moler el centeno al molino. Después de pasado un tiempo, el molinero decide irse y el pueblo le compra el molino. Siguieron moliendo normalmente hasta que ya no tienen más que moler y, entonces, deciden pararlo. Lo intentan una y mil veces, sin conseguirlo. El molino, al no tener grano que moler, rozaba las piedras una contra otra echando chispas. Pensando que aquello estaba endemoniado, que eran cosas del demonio, van a ver al alcalde. El alcalde llama a Concejo. Como se trata de algo que está endemoniado, deciden ir a ver al cura. «No os preocupéis. Si el molino está endemoniado, dejádmelo a mí». Así que bajan en procesión, con los mejores ornamentos y santos del pueblo. Ni uno deja de asistir. Llegando hasta el molino, éste, sin grano ni nada, echaba unas chispas del carajo: «raca-raca, raca-raca, raca-raca». El cura entra en el molino, comienza sus oraciones y, echando agua bendita por todas partes, lo manda parar. El molino no le obedecía, seguía más rugiente y más rápido

por la falta de grano que moler y porque además, el río llevaba gran cantidad de agua: «raca-raca, raca-raca, raca-raca...». A esto el cura responde: «Pues ya que no respetas mis palabras, a ver si respetas mi corona». Dicho y hecho, el cura apoya su cabeza en la piedra y, como andaba a tanta velocidad, se la arrancó de cuajo, saliendo la cabeza despedida. La gente, llena de terror y espanto a causa del endemoniado molino, comenzó a correr a más no poder, tropezando y cayendo entre ellos. En la huida, una de las viejas se tropezó y fue a caerse, precisamente, en el canal, de tal forma que quedó empotrada en él, obstruyendo el paso del agua. La gente comienza a pararse al comprobar que el molino ya no hace ruido y que ha dejado de andar. Así que vuelven sobre sus pasos y encuentran a la vieja atrancada en medio del canal, sin poderse mover. Habían encontrado la solución, cada vez que tuvieran necesidad de parar el molino pondrían una vieja atrancando el canal" (22).

Este cuento expresa el mestizaje cultural creado en una zona fronteriza, atravesada por influencias de diverso tipo. Integra diversos cuentos, de una manera no lograda plenamente, valiéndose de la fórmula de los cuentos populares para plantear un tema cultural: el conflicto producido entre lo "antiguo" y lo "moderno", entre "tradición" e "innovación" el conflicto derivado de la introducción de innovaciones tecnológicas en mentalidades y estructuras sociales poco permeables a los cambios. En los tres cuentos, ordenados temporalmente desde el punto de vista de la evolución del conocimiento del hombre y de su dominio de la naturaleza, se repite el mismo conflicto. Una sociedad que recibe adelantos e innovaciones del exterior que chocan con una mentalidad incapaz de asimilarlas. En el cuento del gallo, el conflicto viene dado por la introducción de un animal que es desconocido por una sociedad anterior al neolítico, época en la que aparece la domesticación de los animales. En el cuento de la hoz, la falta de conocimiento y dominio técnico sobre este instrumento, provoca daños personales y una reafirmación del pensamiento animista, lo que impide encontrar soluciones a los problemas planteados por la introducción de estos cambios. En el cuento del molino, el conflicto se repite. Pero además señala explícitamente quiénes son las fuerzas que impiden la asimilación de estos cambios. Por un lado la tradición, representada por la vieja que quedó obstruyendo el canal, por otro, el poder de la iglesia, representado por el cura, que refuerza el pensamiento mágico del pueblo, para continuar ejerciendo su dominio e influencia. Por último, hay que decir que en los tres cuentos, marcados por un final trágico, se emplea la misma técnica de distanciamiento, el humor. Un humor negro, esperpéntico, expresado en los finales de los tres cuentos. Un humor que afecta a la globalidad del contenido, "imponiendo" una nueva mirada, una crítica sobre los cambios que actúan en la sociedad y sobre nuestra manera de experimentarlos. Tema de permanente actualidad. Por eso, cuando hoy día, los cambios derivados de los descubrimientos científicos y de sus aplicaciones se imponen como una "liberación" o como una "fatalidad", sin que podamos hacer nada por evitarlo, nos están "imponiendo" algo más, se nos está imponiendo un modelo de desarrollo económico que, y lo sabemos, impide la renovación de la vida. Son otros "poderes", otros "sacerdotes", otras "iglesias" quienes impiden asumir los cambios necesarios y hacerlos propios para realizar una actividad económica desde una perspectiva planetaria, teniendo en cuenta nuestro conocimiento actual y la sabiduría acumulada a lo largo de la historia de la humanidad para poder encontrar soluciones a los problemas existentes, acordes con la renovación de la vida.

NOTAS

(1) Artículo publicado con motivo del homenaje que se le hizo en San Ciprián de Hermisende al año de su muerte.

(2) Durante los carnavales, las calles del pueblo eran recorridas por los muchachos, con los cencerros de las vacas colgados del cuello, para expulsar al "estrudio", espíritu maligno que traía penas y desgracias.

(3) Expresión recogida por Joaquín Díaz de un sanabrés en la introducción a *"La Tradición Musical en España. SANABRIA: Música Tradicional"*. Investigación, dirección y coordinación: Pablo Madrid Martín, Alberto Jambrina Leal y José M. González Matellán. (Dos vols. Premio Nacional para empresas fonográficas 1986, otorgado por el Ministerio de Cultura).

(4) Ir de "fiadéiro" consistía en juntarse varios vecinos con toda su familia, en la casa de uno de ellos, en torno al fogón, en las largas noches de invierno. Esta costumbre ha desaparecido prácticamente.

(5) Se consideraba una jornada el tiempo que va desde la salida del sol hasta su puesta, aunque en la práctica el criado trabajaba las veinticuatro horas del día. Si se negaba, lo más probable era que no volviera a ser contratado.

(6) El jergón era un gran saco relleno de espigas de maíz o paja de centeno que se ponía debajo del colchón de lana o, si no había otro remedio, hacía las veces de éste.

Adivinanzas:

(7) "Detrás de una puerta he visto hacer, sacar y meter, dar de barricar y aunque lo diga no es picardía". Solución: el telar.

(8) "Cuatro caballitos van para Francia, uno tras otro y nunca se alcanzan". Solución: el sarillo.

(9) Farrapa: manta hecha de telas de lino, muchas de ellas procedentes de ropas ya viejas o desechos de vestidos, camisas y otras prendas de vestir.

(10) La mayoría de los cuentos y adivinanzas me los contaba Horacio en castellano. Aunque los habitantes de la comarca son bilingües, su lengua materna es el gallego, por lo que hay que enmarcar la literatura de tradición oral de la zona mayoritariamente en esta lengua. Es esta razón la que me anima a exponer algunos de los cuentos y adivinanzas en gallego. Me ha ayudado en esta labor Javier López Rodríguez traduciendo unos, revisando otros o dando la versión en gallego que él recogió. Es periodista y escritor, nacido en San Ciprián de Hermisende, pueblo en el que vivió hasta su juventud y al que regresa siempre que puede. Fue amigo de Horacio, al que le escuchó "sus cuentos", teniendo algunos de ellos grabados en gallego. Con él recorrió la comarca recogiendo las "historias" de sus gentes. Alguno de estos cuentos en gallego están recogidos en "SANA-BRIA. Música Tradicional", Op. cit. (2º vol.)

(11) **Adivinanza:** Ahí arriba viene un home, mete o seo no meo, cuando toi pra sacalo, eo dixele: "Deixo estar quinda esta a pingar" (Ahí arriba viene un hombre, mete el suyo en el mío, cuando lo va a sacar le digo: Déjalo estar hasta que termine de pingar). Solución: **el aceitero**.

(12) **Adivinanza:** "A mí me llaman Juan Pesares, toda la gente de mí se fía y traigo los dinglindilares colgados de la barriga". Solución: **la romana**.

(13) Adivinanzas:

– "Con el pico pica, con el culo aprieta, con lo que le cuelga tapa la grieta".

– "De buraco en buraco con las tripas a rastro". Solución: El **hilo** y la **aguja**.

– "Verde, verde gallo, entre las piernas atarlo": El **bardéiro**.

– "Bare, baretta, ni verde ni seca, en el monte criada y nunca regada". "Una cosa pequeña como una avena y echa la casa hasta las tejas": La **vela**.

– "Tres pelotañas y un pelotón, que lo sacan y meten y le quitan e poin": El **pote** y la **caceta**.

– "Mi abuela fue al pajar, mi abuelo fue detrás, cuanto más se la metía más tiesa se le ponía": El **costal**.

– "Una vieja con un solo diente hace juntar a toda la gente": La **campana**.

(14) Adivinanzas sobre animales:

– "Cuatro rondamontes, cuatro cinchafontes, dos turuluros y un dale, dale": La **vaca**.

– "Ganado menudo, tierra mimosa, donde se posa, deja una rosa": La **pulga**.

– "Gordo lo tengo, más lo quisiera, que entre las piernas no me cupiera": El **caballo**.

– "¡Ay, señora madre abadexa, dexeme o meu longo en el seu redondo! Eu dexaba, dexaba, más está de novo rapado, cuando criare musgos novos ya le mandaré recado": El **jinete con el caballo**.

(15) Adivinanzas sobre alimentos:

– "Blanca soy, nací en el mar y en tu bautizo tuve que estar": La **sal**.

– "Mi madre es tartamuda y mi padre cantaor, siempre me traen vestido de blanco y amarillo el corazón".

– "Entre dos paredes blancas hay una flor amarilla que se puede presentar al mismo rey de Castilla": El **huevo**.

– "Verde fue mi nacimiento, rojo mi vivir y negra me fui a morir": La **mora**.

(16) - "Larga como una timoncela, con dentes como una cadela (Larga como una cuerda, con dientes como una perra): La **silva o zarza**.

(17) Para hacer una gavilla se cogía el centeno formando montones o "gavelas". Cada montón se ataba con un manojito llamado "grañeira" y se formaba un "mollo" o gavilla.

(18) **Meda:** cantidad de centeno que podía ser majado en dos días.

(19) **Manal:** utensilio para golpear el centeno. Estaba formado por dos piezas, la "mangeira", que servía de mango, y el "pertigo", con el que se golpeaba, unidos por unas correas de cuero, el "cidoiro".

(20) **A lenda de San Cipriánico**

"En tempos en que se pagaban décimos e primicias á Igrexa, parece que o pobo tiña unha certa queixa desas cousas por que se facía un pouco duro. Entón acordaron que era mellor suprimir os décimos. Pero ao cura do pobo non lle interesaba iso, non lle convida certas cousas, e en conciliábulo co sancristán, unha véspera de festa levaron ao santo patrón, San Ciprián, ao oco dun castiñeiro, no camiño de Portugal. Alí quedou no oco co sancristán debaixo.

Ao día seguinte, estando a xente na igrexa para oír misa, atopáronse sen o santo, nada máis estaba o sitio. O cura díxolles:

– Non vedes? Por non querer pagar os décimos o santo anoxouse e marchou para Portugal. ¡Temos que ir buscalo!

O pobo non é capaz de verse sen santo patrón e decide ir buscalo. Así que saíron en procesión, camiño de Portugal. Finalmente atopáronse co santo, que estaba de costas no oco dun castiñeiro e dixo o cura: "¡Está de costas. Isto debe de ser porque está enfadado!". Entón o pobo púxose a cantar. Comezaron os homes: "Santo Cipriano, vólvete a nós". E contestaron as mulleres: "Décimos e primicias pagaremos nós". Segundo ían cantando, o santo ía dando a volta, o que fixo que o pobo cada vez cantase con maior fervor, ata conseguir que se puxese mirando cara a eles. Así o levaron. Isto contábase en tempos da miña avoa Juliana...".

(21) Horacio también contaba este cuento como tres cuentos por separado. Así queda recogido uno de ellos, "Cuento do muíño" en "SANABRIA. Música Tradicional", *Op. cit.*, (2º vol.).

(22) "...Era unha vez un home que, sentíndose xa vello, deixou todo o que tiña ós seus tres fillos, logo de ensinarlles o seu funcionamento e utilidade. A un deixoulle un galo, a outro unha fouce "de pica" e ó terceiro un muíño.

Ó pouco tempo morre o pai e deciden percorrer mundo. Así que parten para outras terras e chegan a esta zona.

O fillo do galo chega ao pobo xa anoitecido, pide pousada e é acollido nunha das casas, onde queda a durmir. Como era costume antes de deitarse, comentan as tarefas que teñen que facer ao día seguinte e deixar todo preparado. Teñen que enganchar as vacas ao carro para ir buscar o día ao alto de Cabeciña. O home, moi sorprendido do que acaba de oír, dilles que ten un animal, que cando canta, vén o día e que non necesitan ir buscar o día. Esperaron a ver que pasaba e sucedeu que a iso da media noite, o galo púxose a cantar. Levantáronse e non viron o día. Pero o amo do galo insistía en que o bicho cantaría cando viñese o día. O galo cantou outra vez e seguía sen vir o día. O home seguía insistindo que cando cantaba o galo viña o día, pero o pousadeiro estaba preocupado e temendo ser castigado polo Alcalde, que era o amo do pobo, polo posible engano. O galo cantou de novo, levantáronse todos outra vez e viron que o día xa chegaba, pois comezara a clarear. Ante tal acontecemento, reuniron a todo o pobo e contáronlle a facultade tan prodixiosa que tiña o bicho, que cando cantaba pola noite viña o día. O beneficio que lles traería sería grande, pois xa non terían, en diante, necesidade de ir todas as noites coa parella de vacas ao alto de Cabeciña a buscar o día. Debateron o asunto en Concello e acordaron compralo, pagándolle moito diñeiro para aquel tempo.

O home do galo, ante o temor de que o galo fallase, decidiu irse do pobo, mirando de cando en vez para atrás por se o seguían.

Falando do bicho, pensaron que o terían que alimentar. Pero ¿de que se alimentaba? Como o home acababa de irse, saíron correndo na súa busca. Divisárono xa bastante lonxe e comezaron a chamalo a grandes voces. O home, ao oír aquelas voces, crendo que nada bo podía esperar, comezou a correr e canto máis corrían os do pobo máis corría el. As xentes do pobo gritábanlle ¿De que se alimenta o bicho? Ao oír isto, contéstolles o primeiro que lle veu á cabeza. ¡De saltóns!

Regresaron ao pobo e prepararon escopetas e paus, todas as armas de que dispuñan, e distribuíronse por parellas para ir cazar saltóns. Chegado o mediodía, unha das parellas non cazara ningún, xa fose porque non era a época ou por calquera outra razón. Tendo moita calor un deles, achegouse a un manancial a beber auga, cando viu que un salón se lle pousara no peito. Facendo acenos ao compañeiro, sinaláballo o saltón pousado no seu peito. O outro cargou a escopeta e sen mirar a máis, disparou sobre o saltón. Pum, e matou ao compañeiro.

Era a época de comezar a sega. Como era tradición, reuníanse todos os homes en concello e xuntos encamiñábanse ao campo a segar. Utilizaban coitelos de óso e ata de pedra. Naquela ocasión, acompañábaos o fillo que herdara a fouce de pica. Era unha fouce con dentes nun dos lados, en forma de serra, que remataba nunha punta dobrada. Véndoos segar con tanto traballo e con tan pouco rendemento, sinaloulles o utensilio que levaba con el e comezou a segar. En pouco tempo segara tanto como vinte homes nun día. Quedaron asombrados ante tan prodixioso utensilio e decidiron comprarlle a fouce a un bo prezo. Unha vez que a vendeu, marchouse e os demais seguiron o seu traballo, comezando un deles a segar coa fouce. Ao primeiro intento, o home cortouse os dedos da man. Cheo de gran dor e medo, lanzou a fouce lonxe del, quedando esta co rabo para arriba, e comezou a dar grandes berros, aos que acudiron os demais. Díxolles que aquel bicho era unha fera, pois, nada máis comezar, lle cortara a man. Un gran medo colleu a todos e, rodeando a fouce, comezaron a tirarlle pedras. Ao darlle no rabo, a fouce saltaba e, canto máis lle daban, máis saltaba. Os homes dicían asombrados: "¡É un bicho feral!" Vendo que era imposible matala con pedras, ocorréuselles prenderlle lume ó redor para ver se co lume era posible acabar con aquel bicho. No momento en que o lume chegou á fouce, comezou a retorcerse. Algún deles dicía: "¡Non che enrodilles, bicho feral!"

O fillo que aprendera o funcionamento do muíño chega tamén a aquela comarca e decide quedar, pois descoñecía o muíño de auga e continuaban moendo en morteiros. Constrúe un muíño e a xente leva a moer o centeo ao muíño. Logo de pasado un tempo, o muíneiro decide irse e o pobo cómpralle o muíño. Seguiron moendo normalmente ata que xa non tiñan máis que moer e, entón, decidiron paralo. Intentárono unha e mil veces, sen conseguilo. O muíño, ao non ter gran que moer, rozaba as pedras unha contra outra botando faíscas. Pensando que aquilo estaba endemoñado, que eran cousas do demo, foron ver ao alcalde. O alcalde chama a Concello. Como se trata de algo que está endemoñado, deciden ir ver ao cura. "Non vos preocupedes. Se o muíño está endemoñado, deixádemo a min". Así que baixaron en procesión, cos mellores ornamentos e santos do pobo. Nin un deixou de asistir. Cando chegaron ata o muíño, este, sen gran nin nada, botaba unhas faíscas do carallo: "Raca-raca, raca-raca, raca-raca". O cura entra no muíño, comeza as súas oracións e, botando auga bendita por todas partes, mándao parar. O muíño non lle obedecía, seguía ruxindo máis forte e máis rápido pola falta de gran que moer e porque, ademais, o río levaba gran cantidade de auga: "Raca-raca, raca-raca, raca-raca...". A isto, o cura responde: "Pois xa que non respectas as miñas palabras, a ver se respectas a miña coroa" Meu dito meu feito, o cura apoia a súa cabeza na pedra e, como andaba a tanta velocidade, arrincoulla de raíz, saíndo a cabeza despedida. A xente, chea de terror e espanto a causa do endemoñado muíño, comezou a correr a moreas, tropezando entre eles e caendo. Na fuxida, unha das vellas tropezo e foi a caer precisamente na canle, de tal forma que quedou encaixada nela, obstruíndo o paso da auga. A xente comezou a pararse ao comprobar que o muíño xa non facía ruído e que deixara de andar. Así que volveron sobre os seus pasos e atoparon á vella atrancada no medio da canle, sen poderse mover. Atoparan a solución; cada vez que tivesen necesidade de parar o muíño porían unha vella atrancando a canle.

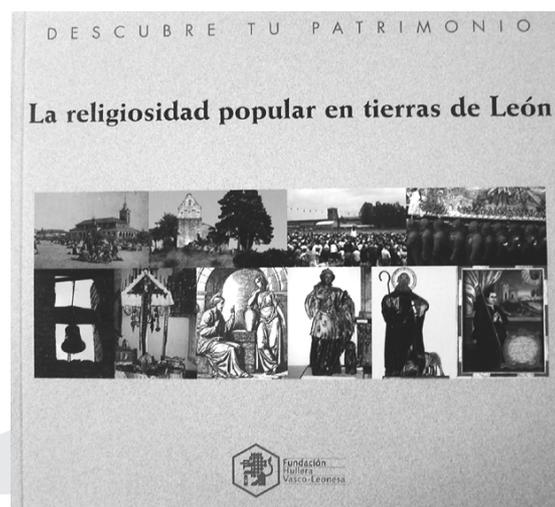


RELIGIOSIDAD POPULAR EN LEÓN

Francisco Javier Rúa Aller y Concha Casado Lobato

La religiosidad popular es la forma en que cada pueblo expresa su fe, de acuerdo con sus maneras de existir y entender la vida. El Papa Pablo VI (*Evangelii Muntiandi*, 48) la llamó piedad del pueblo sencillo, una realidad tan rica como amenazada por entonces y que hoy día, sin embargo, encuentra ánimo y comprensión en las pastorales de los obispos y justificación en palabras como las pronunciadas por el Papa Benedicto XVI, quien señala que “cuando los valores evangélicos se expresan con manifestaciones de religiosidad popular, ello es indicio de que el Evangelio ha llegado a lo más profundo de la cultura de un pueblo”. En síntesis, la religiosidad popular es una realidad sumamente compleja que corresponde a una cultura, a una tradición y a una evolución muy determinadas.

Las formas clásicas de esta religiosidad son las diferentes manifestaciones de devoción vinculadas a los santuarios, las fiestas patronales, las procesiones, las diversas formas de culto a los santos locales, los votos, las variadas expresiones de culto mariano y de folklore religioso, que a menudo suponen reviviscencias de cultos paganos disfrazados de ingredientes cristianos. En el libro *“La religiosidad popular en tierras de León”*, editado recientemente por la Fundación Hullera Vasco-Leonesa se recogen todos estos aspectos, tratados en dos ciclos de conferencias (años 2007 y 2008) que corresponden a los ciclos IX y X de la serie *Descubre tu Patrimonio*, desarrollada por la mencionada Fundación. A continuación se comentan los capítulos/conferencias correspondientes a este apartado del folklore leonés.



Portada del libro *“La religiosidad popular en tierras leonesas”* editado en 2010 por la Fundación Hullera Vasco-Leonesa, el cual reúne los dos ciclos con las diez conferencias.

ERMITAS, SANTUARIOS Y ROMERÍAS

Uno de los apartados más atractivos de la religiosidad popular gira en torno a los santuarios y las ermitas, tal y como afirma José Luis Puerto, autor del primer capítulo de este libro: *“Santuarios y ermitas, una topografía de lo sagrado”*, por cuanto, *“tales edificaciones religiosas, en los lugares en que se hallan asentadas, configuran espacios sagrados, esto es, sacralizan el espacio; a la vez que las celebraciones que en ellas tienen lugar a lo largo del año –fiestas, romerías, etc.– marcan asimismo una sacralización del tiempo”*.

Los santuarios y ermitas leoneses se sitúan en diferentes lugares: elevaciones, valles, sotos, riberas, cuevas, etc.; siendo un fenómeno destacable de la provincia de León el emplazamiento de estos edificios sagrados en los valles o riberas que marcan los cursos de los ríos. Así, por ejemplo, en la ribera del Bernesga nos encontramos con la colegiata y santuario de Santa María del Puerto de Arbas, la ermita de San Lorenzo en Villasimpliz o el santuario de la Virgen del Buen Suceso y en la ribera del Esla la ermita de San Guillermo en Cistierna; la de la Virgen de la Zarza, en Villamañán; la del Cristo, en Villaquejida y la de la Virgen de la Vega, en Cimanos de la Vega.

Por lo que se refiere al ámbito de las advocaciones que reciben las ermitas leonesas, éste es muy complejo, encontrándose santuarios dedicados a Cristo, la Virgen María y diversos santos y santas. Las advocaciones marianas son heterogéneas y se dispersan en gran número por la geografía leonesa. Algunas están relacionadas con la topografía: advocaciones relacionadas con un lugar habitado (la Vir-

gen de la Aldea en Zotes del Páramo, la Virgen de las Cabañas en Gordaliza del Pino y Nuestra Señora del Villar en Carrizo de la Ribera, entre otras), lugares de tránsito o paso y lugares naturales (la Virgen del Camino en Valverde de la Virgen, la Virgen del Campillo en Banuncias y la Virgen de la Peña en Ermitas de Congosto y Llama de Colle, por mencionar algunas). En relación con la vegetación encontramos, por ejemplo, la Virgen del Cañizal o del Carrizal en Carrizo de la Ribera, la Virgen de la Zarza en Villamañán, la Virgen de la Carballeda en Val de San Lorenzo y quizás, la más conocida, la Virgen de la Encina, patrona de Ponferrada.

Respecto a las ermitas y santuarios dedicados a santos y santas, resultan de interés, aquellos relacionados con santos epidémicos, como San Sebastián, San Roque y los santos Cosme y Damián. De todas ellas, la advocación de San Roque es la más numerosa, con cerca de una treintena de ermitas en suelo leonés dedicadas a su patrocinio. Por su parte San Blas, el abogado de la garganta, tiene ermitas en San Pedro de Valdesabero (Columbrianos) o en el valle del río Boeza en El Bierzo.

Las diferentes ermitas y santuarios cobran especial protagonismo en ese tiempo especial de la celebración festiva dedicada a la advocación de cada una de ellas. Determinadas fiestas están marcadas en el calendario cristiano, dedicadas a Cristo, la Virgen María y los santos y santas que se veneran en santuarios y ermitas. Así algunas de ellas son la fiesta de la Cruz, el 3 de mayo y El Salvador, el 6 de agosto. Las principales fiestas de la Virgen celebradas en León son la fiesta de la Encarnación, el 25 de marzo (ermita de la Virgen del Castro en Castrotierra de la Valdurna), el lunes de Pascua de Pentecostés (Virgen de Yecla, en Villaverde de Arcayos, la Virgen de la Velilla en la Mata de Monteagudo), la fiesta de la Asunción de Nuestra Señora, el 15 de agosto, fiesta patronal en muchas localidades (Virgen de Boinas en Robles de la Valcueva, Virgen de Carrasconte en Piedrafita de Babia, etc.), la fiesta de la Natividad de la Virgen, el 8 de septiembre (Virgen del Buen Suceso en Hurgas de Gordón, Virgen de Camposagrado en Benllera, Virgen de la Encina en Ponferrada, etc.) y la fiesta de la Virgen de la Merced, el 24 de septiembre (Virgen de las Mercedes en Villarejo y Virgen de la Merced en Palacio de Valdellorma).

El centro de todas estas celebraciones es la romería, un tema abordado por Antonio Viñayo en otro capítulo de este libro: *“Romerías y rogativas en las tierras de León”*. De acuerdo con el abad emérito de la Colegiata de San Isidoro (León), estas romerías *“muestran pautas comunes y tradicionales en su desarrollo, en parte dictadas por la liturgia eclesial, con elementos introducidos por la religiosidad popular, varios de ellos heredados de costumbres anteriores a la venida de Cristo. También aditamentos añadidos a la fiesta que no tienen nada que ver con la religión, como las ferias de ganados, el mercado de toda clase de mercaderías, las rifas, las subastas, los concursos, etc. Suelen estar organizadas por la cofradía del titular o por el regente del santuario. Puede suceder que haya desaparecido el templo y siga celebrándose la romería en el solar, con o sin fiesta religiosa”*.

No falta tampoco la presencia del ramo en estas romerías, ofrecido siempre por algún devoto por el favor concedido por la Virgen, el Cristo o los santos. El ramo es tanto el objeto material, con su soporte de madera y su despliegue rectangular o triangular apaisado y vistosamente decorado, como el cantar que recoge el agradecimiento por los favores recibidos y la petición de nuevas gracias ante las nuevas necesidades.

El ramo es una muestra más del elemento clave de la religiosidad popular que se desarrolla en torno a los santuarios y ermitas, como es la búsqueda de protección, por cuanto esta religiosidad se caracteriza por su gran pragmatismo y solicita de las imágenes veneradas diversos favores: la curación de sus dolencias, la llegada de una meteorología propicia, la fertilidad de la tierra y la fecundidad de personas y ganados. Podríamos decir que estas peticiones materiales predominan sobre el espiritual del auxilio por la salvación del alma. Así, una práctica muy utilizada era la realización de rogativas, cuando sobrevenía una desgracia que hacía que se malograrán las cosechas y peligraran las vidas de personas y ganados, como las sequías, pedrisco, granizo, plagas, pestes, etc. Un ejemplo de este tipo lo encontramos en el santuario de la Virgen del Camino, en el término de Valverde de la Virgen, cercano a la capital leonesa, y que ya mencionaba el Diccionario de Madoz: *“... cuando hay escasez de agua o aflige la peste, es puesta a votación del ayuntamiento de León, a instancia de las hermandades de la Valdoncina y de la Sobarriba, la traslación de la imagen a la ciudad, donde permanece nueve días en el trascoro de la catedral, es llevada en procesión con la mayor pompa y solemnidad”*.

Las rogativas, por tanto, a diferencia de las romerías, tenían un cariz diferente al de una fiesta, y recogían la manifestación de petición, penitencia y acción de gracias. Podían ser fijas, unidas a una determinada fecha del año, y ocasionales. Las primeras estaban instituidas a perpetuidad por la corporación y se desarrollaban generalmente en primavera, impetrando la lluvia por los campos o como voto permanente en agradecimiento de algún beneficio extraordinario alcanzado en el pasado. Es el caso por ejemplo de Las Cabezadas, en honor de San Isidoro, cuyos orígenes se remontan al siglo XII y que aún se sigue celebrando en la Real Colegiata de San Isidoro, el último domingo de abril, con desplazamiento de los miembros del Ayuntamiento de León al templo de San Isidoro para cumplir con el voto del cirio de arroba en promesa/agradecimiento por la intervención del santo en una sequía que padeció la ciudad en el mencionado siglo XII. Otra rogativa que se sigue manteniendo y alcanza una gran vistosidad es la de Camposagrado. Las rogativas ocasionales las organizaba bien la autoridad bien la colectividad para suplicar el cese de algún infortunio, como sequía, lluvias torrenciales, inundaciones, pestes, guerras, etc. o como acción de gracias por la feliz liberación de dichas calamidades.

Enumeremos, para finalizar este capítulo, algunas de las romerías más afamadas que tienen lugar en la provincia leonesa. Una de las más célebres y vistosas tiene como centro el Santuario de Nuestra Señora de Castrotierra a donde se desplaza la comitiva de pueblos, encabezados por sus pendones, de las vegas del Tuerto, Duerna y Órbigo, el 25 de marzo, fecha de su fiesta principal. No obstante, lo más peculiar es el traslado de la Virgen del Castro a la catedral de Astorga en caso de urgente necesidad para los campos. Las crónicas refieren que acompañan a la Virgen más de cien pendones, doscientas insignias y miles de peregrinos, que recorren los diecisiete kilómetros que llevan a Astorga por la llamada Calzada de Nuestra Señora. Alcanzan también una gran notoriedad las romerías a Nuestra Señora del Camino, patrona de la región leonesa, que atraen a peregrinos de toda la provincia y de provincias aledañas, especialmente de Asturias. Estas romerías se celebran el 15 de septiembre (Los Dolores), San Miguel (30 del mismo mes) y sobre todo San Froilán (el 5 de octubre). En la Diócesis de Astorga son famosas también las que se realizan con motivo de la festividad de Nuestra Señora de la Encina (en Ponferrada), el 8 de septiembre y de Nuestra Señora de la Peña, a quien el pueblo de Congosto celebra fiesta principal en la Pascua de Pentecostés.



Fiesta de San Bartolomé en Castrotierra de la Valduerna (izda) e imagen de la Virgen de Castrotierra, la afamada "Virgen de la lluvia" leonesa (dcha).

LA NAVIDAD Y LA SEMANA SANTA

Se manifiesta también la piedad popular en fiestas señeras establecidas en el calendario de la religión oficial, como es la Navidad y la Semana Santa. Los trabajos de José Luis Alonso Ponga *“La Navidad leonesa: lectura de un acontecimiento cultural universal en clave regional”* y Máximo Cayón Diéguez *“Manifestaciones de religiosidad popular en la Semana Santa leonesa”*, nos acercan algunas expresiones de esta devoción popular dentro de estos dos temas.

Con respecto a la religiosidad popular navideña en León, ésta estaría constituida, según Alonso Ponga por *“... los ramos, las pastoradas y los autos de reyes, mientras que calificamos de profanos a la tradición perdida del «Arado sobre la nieve» y resulta inclasificable quizá la tradición de «Los casorios», que participa de elementos religiosos como el sorteo de santos y santas, junto a otros profanos relacionados con la costumbre de «Los estrechos»”*.

El ramo es uno de los elementos que más fuerza está cobrando actualmente, hasta el punto, de que, como recuerda el etnógrafo, se ha llegado a constituir en *“el árbol de la navidad leonesa”*. Este ramo leonés existía en todas las comarcas, con gran variedad tipológica y acompañaban objeto material los versos peculiares de los ramos que se cantaban el día de Navidad antes de la misa. Las letras varían ligeramente e incluyen un núcleo central que narra la marcha de José y María a Belén, el nacimiento del Niño y la adoración de pastores y reyes. Estas estrofas están unidas a otras satíricas y jocosas referentes a los sucesos ocurridos en la comunidad durante el año. Las pastoradas, por su parte, son los autos más significativos de las navidades leonesas, de los cuales, Alonso Ponga, sobre todo, ha estudiado el origen y evolución de su estructura literaria, la extensión geográfica y las recuperaciones y revalorizaciones periódicas. Es un auto de religiosidad popular, relacionado con la Misa del Gallo, pero con escenas profanas y dictados satíricos.

Mientras que el ramo y las pastoradas se mantienen en la actualidad, no ha ocurrido lo mismo con otras tradiciones como *“El arado sobre la nieve”*, que era una mojiganga que se practicaba en pueblos de la Maragatería Alta a primeros de año y donde participaban varias personas disfrazadas, de pastores, agricultores y parejas elegantes o con harapos, que arrojaban ceniza y araban sobre la nieve, en una manifestación propiciatoria de buenas cosechas para el año. De las otras tradiciones perdidas nos habla Alonso Ponga de esta manera: *“...la de «Los casorios» o casamientos de mentirijillas, participa de los elementos carnavalescos propios del fin de año y está en relación con los estrechos, los sorteos jocosos de personas que se emparejaban simbólicamente con otras de sexo contrario e incluso con animales, edificios, etc., en Navidad. La tradición funcionaba como aglutinante del pueblo superando la división típica en grupos de edad. El «concejo de San Silvestre» era la reunión que servía para organizar el año venidero. Este día se declaraba festivo y se prohibía trabajar en tareas particulares, no en las comunales”*.

Por lo que se refiere a la religiosidad popular en la Semana Santa leonesa, Máximo Cayón ofrece un itinerario de actos que se celebran durante la Semana de Pasión, preferentemente en la capital leonesa, desde el Viernes de Dolores con la procesión de la Morenica del Mercado hasta el Sábado de Gloria y el Domingo de Resurrección, donde tiene lugar el encuentro de la Virgen Dolorosa con Jesús Resucitado. Según manifiesta Cayón, *“la Semana Santa de León comienza así que el Viernes de Dolores atardece, al término de la solemne y concurridísima novena que tiene lugar en la iglesia de Nuestra Señora del Mercado, la Antigua del Camino”*. Con anterioridad, el Domingo de Pasión, se lleva a cabo la tradición secular de la exposición y adoración de las Reliquias de la Pasión, dos espinas de la corona de Nuestro Señor, que se conservan en dicho templo de la ciudad. Del Jueves Santo destaca una escena ya perdida, como era la comida que ofrecía el Obispo de León a doce indigentes, elegidos entre las personas más necesitadas de la diócesis, a los que luego el prelado realizaba el Lavatorio personalmente en la Catedral, en representación del acto que Jesús llevó a cabo con los doce apóstoles. Otra página destacada de la Semana Santa capitalina son los actos del Viernes Santo, con la Procesión de los Pasos, organizada por la Cofradía del Dulce Nombre de Jesús Nazareno, que incluye el Sermón y el Encuentro celebrados en la Plaza Mayor de León.

Fuera de la capital, destacan la representación de la Pasión viviente, con raíces muy sólidas, por ejemplo en Jiménez de Jamuz, Villares de Órbigo y otras localidades leonesas; así como la ceremonia de las Tres Caídas de Cristo, representada en Almanza. Una tradición profana que se mantuvo en una zona concreta de la provincia (términos municipales de Sabero, Cistierna, Crémenes y La Ercina) fue la de *colgar el Judas* o *quemar el Judas*, que tenía lugar el Sábado Santo y con la que se daban por finalizadas las tra-

diciones de Semana Santa. Este Judas era un monigote confeccionado con ropas usadas, pajas, hojas, palos, ramas, provisto de botas y con una careta sobre su cabeza. Se colgaba el Sábado Santo por parte de los mozos en un sitio visible de la localidad, después de una cena de camaradería y tras una noche de cantos y libaciones, al día siguiente, por la tarde, se procedía a su incineración, lo que se conocía como *quemar el Judas*, un ceremonial originario de la Edad Media, o quizá de tiempos más remotos.

ORACIONES TRADICIONALES Y NOVENAS

José Luis Puerto es autor de otro capítulo de este libro, el titulado *“Las oraciones tradicionales: entre la devoción y la poesía”*, donde recoge un conjunto de rezos que se han mantenido en los distintos pueblos de la provincia leonesa. Las oraciones pueden tener diferentes orígenes, como nos recuerda Puerto, por cuanto pueden ser populares o de procedencia culta y clerical; otros son romances de tipo religioso y otras, las tradicionales, que son de las que trata el capítulo, son de procedencia incierta, creadas por el pueblo y recreadas periódicamente por su rezo continuo. Las oraciones, además, se practicaban en distintos momentos del día: al levantarse (ángelus, por los difuntos, etc.); al salir de casa, al mediodía (ángelus, por los difuntos, etc.); al bendecir la mesa, antes de la comida y de la cena; al oscurecer y al acostarse. También se rezaba para obtener protección en los distintos desplazamientos realizados al cabo del día o para que tuvieran un buen fin las diferentes tareas emprendidas cotidianamente, por ejemplo al meter el pan en el horno. No faltaban las peticiones de determinados favores a los seres divinos (Dios, la Virgen María y los santos) para encontrar los bienes perdidos (dentro de ello cobraba una especial significación el responso a San Antonio), para tener un buen parto, para ligar voluntades, para ahuyentar brujas y demonios, etc. La protección frente a los fenómenos atmosféricos conllevaba el rezo de ciertas oraciones, siendo las más significativas las dirigidas contra la tormenta, a santos como San Bartolomé y sobre todo, a Santa Bárbara.

Un destino importante de las oraciones era la prevención y curación de enfermedades, y así se rezaba para librarse de las mordeduras de los perros y de la rabia; contra el dolor de muelas (a Santa Apolonia); para que desaparecieran verrugas y clavos; para curar la ictericia, contra la erisipela; para curar el herpes, contra el sarpullido, para curar los sabañones, para curar la hernia, así como para remediar las distintas enfermedades del ganado. De esta manera, contra las mordeduras de los perros se rezaba la siguiente oración en Santiago Millas (Maragatería):

*Perro, perro,
tente, tente,
que el primer perro
que mordió a la Virgen María
reventó de repente.*

Esta otra oración frente al dolor de muelas, se dirigía a Santa Apolonia en Villacidayo (comarca de Rueda):

*Santa Polonia
a la puerta estaba,
la Virgen
por allí pasaba.
La dice:
– ¿Qué haces, Polonia,
duermes o rezas?
– Ni duermo ni rezo,
de dolor de muelas.
– Ofrécete, hija mía,
al sol reluciente,
al Niño Jesús
que llevo en el vientre.
El que esta oración dijera
tres veces al día
ni diente ni muela
jamás le dolería*

Algunas oraciones tienen el carácter de emblemáticas y son rezadas en distintos momentos y contextos. De ellas existen distintas versiones en la provincia leonesa, como *"Bendita sea la luz del día"* (oración de alba), *"La candela nocturna"*, (de gran extensión en la tradición religiosa popular de España, Portugal e Hispanoamérica y que en sus versiones más conocidas comienza con estos versos: *Levántate José,/ enciende la vela/ mira a ver quién anda/ por tu cabecera*), *"Cuatro esquinitas tiene mi cama"* (oración infantil al acostarse) y *"Dios delante y yo tras él"* (oración nocturna). Finalmente, existen las oraciones paródicas, que son aquellas creadas por la inventiva popular, en clave irreverente o humorística. Un ejemplo es esta bendición de la mesa, de Barrillos de Curueño:

*San Cosme y San Damián,
de Jesucristo hais sido pajes,
bendice estos alimentos
pa que los coman estos salvajes.*

Algunas oraciones de procedencia culta, a las que nos referíamos antes, estaban incluidas dentro de las novenas. Tres son los elementos básicos que caracterizan a las novenas: 1) repetición de los rezos a lo largo de nueve días, 2) son preces en honor de la Virgen, Jesucristo o algún santo y 3) su fin es pedir protección o conceder alguna gracia. De estas novenas trata el trabajo de Pedro Javier Cruz Sánchez, *"Literatura popular de devoción. Las novenas en León"*, donde se comentan estos textos incluidos, generalmente, en obras de formato reducido y bajo coste. Esta novena impresa aparece a principios del siglo XVIII, pero en León, no será hasta la segunda mitad de este siglo cuando se documenten las primeras novenas y libros de carácter popular piadoso, así en 1796 se edita en la oficina de D. Jerónimo Ortega, la *"Novena del Glorioso Santo Toribio Alfonso Morgobejo..."*, obra del párroco de Alcobendas D. José Aguado. A lo largo del siglo XIX encontramos varias imprentas en la capital leonesa que editan novenas, así en 1816 imprime Pablo Miñón las novenas de *"Nuestra Señora del Carmen que, para mayor comodidad de sus devotos, reimprime a costa de la Cofradía de esta Señora, sita en la Parroquial de San Martín de esta Ciudad de León"*. En 1842, la imprenta de Lopetedi editó la *"Novena del glorioso mártir San Marcelo natural y patrono de la Ciudad de León"*. No obstante, las novenas leonesas son más escasas que las que se conocen de otras provincias españolas, al menos para los siglos XVIII y XIX. La situación cambiará a principios del siglo XX y hasta prácticamente los años setenta de este siglo, en que se registra un incremento del número de imprentas, en León capital y Astorga, principalmente, que editan además libros de carácter religioso.

PROTECCIÓN FRENTE A LAS TORMENTAS

Aflora con fuerza la religiosidad popular, mezclada con cierto grado de superstición en el capítulo de las defensas que fueron utilizando las gentes de las comunidades rurales leonesas frente a las tormentas, algunas de las cuales se han mantenido hasta hoy día. De esta protección trata el capítulo *"La religiosidad popular en torno a la tormenta"* de Francisco Javier Rúa Aller. Este tipo de medidas defensivas las podemos dividir en dos grandes bloques: preventivas y protectoras.

Entre los remedios y procedimientos de tipo preventivo o profiláctico se encontraban: a) los tañidos de campanas en determinados días del año (generalmente en la noche de Santa Brígida, el 1 de febrero, en muchas localidades leonesas); b) la instalación de cruces en montes, casas o grabadas junto con otras inscripciones en las campanas (las cruces de montes estaban presentes por ejemplo en Manzana y Andarraso, localidades omañesas); c) la bendición de las casas durante el Domingo de Ramos y la protección en las viviendas proporcionada por la presencia de imágenes religiosas como el Sagrado Corazón de Jesús y d) el mantenimiento de un determinado número de piedras recogidas durante la Semana Santa y, de manera similar, de *las piedras del rayo* en viviendas y cuadras (estas piedras del rayo o de la centella eran amuletos de gran poder, que protegían las casas que las albergaban, y en algunos lugares las arrojaban al fuego durante las tormentas, para aumentar su poder).

Entre las medidas protectoras que se ponían en práctica desde que se oían los primeros truenos, se encontraban las siguientes: a) el encendido de la vela del Jueves Santo o de las Candelas; b) la invocación a santos protectores específicos de las tempestades, o bien santos patronos, Cristos o Vírgenes a los que se les tenía especial devoción; c) la confección y/o el empleo de cruces de distinto tipo, algunas dotadas de singular poder, como la de Caravaca; d) el repique de campanas marcando el so-

nido del *tente nube*; e) la quema del ramo bendito del Domingo de Ramos, de hojas de laurel o del leño de Navidad y f) los conjuros lanzados por los sacerdotes u otras personas especializadas en exorcizar las nubes, empleando cruces y/o rezando determinadas oraciones.

Entre los santos a los que se pedía protección frente a las tormentas en la provincia leonesa, la más nombrada, sin duda era y sigue siendo Santa Bárbara, patrona de las tempestades en medio mundo. Los rezos a la santa son similares en las distintas comarcas, siendo el más generalizado:

*Santa Bárbara bendita,
que en el cielo estás escrita,
con papel y agua bendita.
En el ara de la Cruz,
Pater noste(r), amén Jesús.*

Y este más particular, lo rezaban algunas gentes de Lucillo (Maragatería):

*Santa Bárbara bendita,
patrona de las nubes altas;
todo el pan de mi merienda
para los perros que ladran.
Ya la nube se espanta
y la tarde se aclara.*

De forma más limitada, también se invocaba a San Bartolomé, guardián del diablo, a San Antonio de Padua, a San Antonio Abad (por ejemplo en El Villar de Omaña), a San Mamés o San Amede (en Lucillo y otras localidades maragatas), a Santa Marina (en San Adrián de Valdueza), a la Virgen de la Asunción (en Valdemora y Villabalter), a la Virgen Soterránea (Cogorderos, en la Cepeda) y a determinados Cristos como el Santo Cristo de las Eras (Bercianos del Páramo), el Bendito Cristo de Fonoría (La Cepeda) o al Santo Cristo de Grajalejo de las Matas.

Finalmente, también quedan testimonios en la provincia leonesa de la actuación de desconjuradores (sacerdotes o personas dotadas de poderes especiales) que espantaban las nubes, así por ejemplo en Castrotierra de Valmadrigal (Tierra de Campos), hace muchos años el sacerdote conjuraba la tormenta desde la explanada de la iglesia con una cruz especial, llamada de los conjuros, exclamando a los cielos amenazantes: *"Detente enemigo, que el corazón de Jesús está conmigo"*.

SANTOS PROTECTORES DE LOS ANIMALES

Los santos especializados en la protección del ganado, dentro de la cultura tradicional leonesa son tratados por Francisco Javier Rúa Aller en el capítulo *"Los santos protectores de los animales"*, dentro de los cuales, en cuanto a su función específica, San Antonio Abad y San Antonio de Padua son los más demandados, y en mucha menor medida se encontrarían San Roque, San Juan, San Blas, Santa Marina y San Mamés. Junto a estos santos especializados, las súplicas por el cuidado de los animales también podían dirigirse a las Vírgenes, Cristos y otros santos patronos de algún lugar, como ha quedado recogido en los ramos o cánticos dirigidos a estas sagradas imágenes el día de su festividad.



Campanas de Villaverde de Sandoval, a las que se les atribuía un poder especial para alejar las tormentas.

La devoción a San Roque es antigua y como protector de la peste tiene vigencia durante toda la Edad Moderna. En Sueros de Cepeda se sabía que era el abogado de la peste de las personas y por eso se decía: “*San Roque, si viene la peste que no te toque*”. En esta comarca cepedana, protegían de la peste y de la rabia San Roque y San Vicente y en varias localidades leonesas era costumbre bendecir unos panes el 16 de agosto, festividad de San Roque, que luego se llevaban para las casas, donde lo comían las gentes y también se les daba a los animales para que quedaran protegidos por el santo.

San Antonio Abad es el patrono de los animales por antonomasia y en muchos pueblos leoneses se celebraba su fiesta el 17 de enero, la cual ha ido decayendo por la despoblación del campo y la mecanización del mismo. No obstante aún se mantienen, en ciertas localidades, las misas y procesiones con el santo (por ejemplo en La Bañeza y Navatejera), la bendición de los animales, los refranes o versos dedicados a San Antón (por ejemplo en Las Grañeras), las subastas de cerdos, partes del cerdo o dulces (La Bañeza, Astorga y Algadefe), así como el reparto de panecillos u hogazas (Vega de Infanzones



San Roque, patrono de la peste. Iglesia de Villanófar (Comarca de Rueda).



San Antonio de Padua, el santo milagrero por excelencia. Iglesia de Santa Marina de Somoza (Maragatería).

y Castrocalbón). Otras manifestaciones han desaparecido parcialmente como las ofrendas del Ramo o el ofrecimiento de velas el día de su festividad, durante las novenas o ante alguna petición particular por los animales enfermos.

Finalmente, la devoción que se sentía por San Antonio de Padua, el santo milagrero por excelencia, y el interés que de él se demandaba para proteger a los animales se manifiesta en las oraciones que le dirigían, donde destaca sin duda la del responso o responsorio que se rezaba con gran fe cuando se extraviaban los animales por el monte, sobre todo ovejas, cabras, vacas, burros, etc., que podían ser devorados por el lobo. Cuando después de buscarlos no los encontraban, era obligado *echar la oración a San Antonio* o recurrir a una persona especializada, a la que se creía con un poder especial (mayor devoción al santo y reunir ciertas propiedades adivinatorias) para que la rezara. Según los testimonios de las gentes, esta oración tenía tal fuerza que si era bien echada, esto es, se decía sin equivocarse, el animal tenía que aparecer. Esta oración, junto con la imagen del santo, también se colocaba en las cuadras de algunos pueblos leoneses.

Por no hacer más extenso este artículo, comentemos para finalizar, que este libro sobre religiosidad popular leonesa, editado con gran calidad y

gran número de imágenes, contiene también los artículos de Joaquín Díaz, "La religiosidad popular en el romancero y el cancionero" y Jesús Celis, "Los exvotos en la religiosidad popular: El caso de León". En conjunto, estos diez capítulos ofrecen una visión completa de los distintos aspectos que conforman "La religiosidad popular en tierras de León".

BIBLIOGRAFÍA

- ALONSO PONGA, J. L.: "La Navidad leonesa: lectura de un acontecimiento cultural universal en clave regional", en *La religiosidad popular en tierras de León*, Fundación Hullera Vasco-Leonesa, León, 2010, pp. 73-88.
- ALONSO PONGA, J. L.: *Religiosidad popular navideña en Castilla y León: manifestaciones de carácter dramático*, Junta de Castilla y León, Salamanca, 1986.
- CASADO LOBATO, C.: *León y sus comarcas*, Ámbito, Valladolid, 1991, pp. 56-57.
- CAYÓN DIÉGUEZ, M.: "Romerías y rogativas en las tierras de León", en *La religiosidad popular en tierras de León*, Fundación Hullera Vasco-Leonesa, León, 2010, pp. 161-184.
- CELIS SÁNCHEZ, J.: "Los exvotos en la religiosidad popular: el caso de León", en *La religiosidad popular en tierras de León*, Fundación Hullera Vasco-Leonesa, León, 2010, pp. 239-256.
- CRUZ SÁNCHEZ, P. J.: "Literatura popular de devoción: las novenas en León", en *La religiosidad popular en tierras de León*, Fundación Hullera Vasco-Leonesa, León, 2010, pp. 53-72.
- DÍAZ, J.: "La religiosidad popular en el Romancero y el Cancionero", en *La religiosidad popular en tierras de León*, Fundación Hullera Vasco-Leonesa, León, 2010, pp. 121-138.
- MADOZ, P.: *Diccionario geográfico-estadístico-histórico*, León, Ed facsímil de la 1ª (1845-1850), 2ª ed., Ámbito, Valladolid, 1991.
- PASTRANA, L.: *Políticas ceremonias de León, Siglo XXI*, Edilesa, León, 2002, pp. 95-106.
- PRIETO SARRO, M.: "Campos y su tierra", en *El Siglo de León*, vol. II, Diario de León, León, 2002, p. 616.
- PUERTO, J. L.: "Las oraciones tradicionales entre la devoción y la poesía", en *La religiosidad popular en tierras de León*, Fundación Hullera Vasco-Leonesa, León, 2010, pp. 185-212.
- PUERTO, J. L.: "Santuarios y ermitas: una topografía de lo sagrado", en *La religiosidad popular en tierras de León*, Fundación Hullera Vasco-Leonesa, León, 2010, pp. 9-52.
- RÚA ALLER, F. J.: "La religiosidad popular en torno a la tormenta" en *La religiosidad popular en tierras de León*, Fundación Hullera Vasco-Leonesa, León, 2010, pp. 89-120.
- RÚA ALLER, F. J.: "Los santos protectores de los animales" en *La religiosidad popular en tierras de León*, Fundación Hullera Vasco-Leonesa, León, 2010, pp. 213-238.
- VALDERAS, A.: *El ramo leonés de Nochebuena*, Asociación Cultural Raigañu, León, 2007.
- VIÑAYO, A.: "Romerías y rogativas en las tierras de León" en *La religiosidad popular en tierras de León*, Fundación Hullera Vasco-Leonesa, León, 2010, pp. 143-160.



Los antiguos molinos harineros madrileños

Alejandro Peris Barrio

Los pueblos madrileños generalmente se autoabastecían en siglos pasados de pan, un alimento imprescindible entonces mucho más que ahora. En cambio la capital estuvo muchas veces desabastecida a pesar de que bastantes poblaciones situadas a cierta distancia de la corte, estuvieron obligadas durante cerca de dos siglos a suministrar el que se llamó "pan de registro". En 1630, por ejemplo, todos los pueblos comprendidos dentro de las 20 leguas de distancia de la capital, que entonces eran 504, tuvieron forzosamente que aportar allí el número de fanegas semanales de pan que se les asignó a cada uno, de acuerdo con el número de vecinos y las posibilidades económicas que tenían.

Además entraba diariamente en Madrid el pan que se llamaba "de despensa", que era el que se fabricaba en algunas poblaciones cercanas destinado a surtir a familias de buen nivel económico, monasterios, etc. También algunos arrieros de esos mismos pueblos vendían pan que se llamaba "de venta" o "de ventureros" de forma ambulante por las calles madrileñas.

A pesar de eso en muchas ocasiones el pan llegó a escasear e incluso faltar en Madrid, como vemos en un documento del Archivo Histórico Nacional (1):

"Esta corte en ocasiones padece mucho con la falta de pan, la qual algunos días por accidentes que sobrevienen, se suele estrechar tanto que a no ser el pueblo español tan paciente y tan fiel, se pudiera temer algún movimiento cuydoso".

En efecto la escasez de pan en Madrid dio lugar a veces a graves desórdenes. El motín del 8 de abril del año 1699 que produjo la caída política del conde de Oropesa, fue debido a una carestía de alimentos, sobre todo de pan. El de Esquilache, en marzo de 1766, fue una protesta por la falta de pan tras las malas cosechas de los dos años anteriores.

Una de las causas de la escasez de pan fue muchas veces la falta de molineras, a pesar de que las autoridades se preocuparon de que los molinos instalados en ríos y arroyos estuvieran siempre activos.

Nuestra antigua legislación (Fuero Viejo de Castilla, Fuero Real, las Partidas, etc.) y los fueros municipales cuidaron de todo lo referente a los molinos para asegurar su buen funcionamiento.

En los ríos de la provincia de Madrid y en los principales arroyos que desembocan en ellos, hubo antiguamente numerosos molinos harineros. La toponimia nos dice dónde estuvieron situados muchos de ellos. Los nombres de dos pueblos madrileños (Arroyomolinos y Los Molinos) son significativos de la actividad principal a que se dedicaban bastantes de sus vecinos.

En algunos ríos hubo molinos construidos a corta distancia unos de otros. En el Tajuña llegó a haber en el último cuarto del siglo XVI más de cuarenta en el espacio de dos leguas. Esta proximidad fue a menudo la causa de litigios entre sus dueños e incluso entre pueblos vecinos.

Durante la Edad Media los molinos así como las fraguas y los hornos, fueron monopolios señoriales. Sólo los señores podían construirlos en sus dominios y tenían que ser utilizados forzosamente por los vecinos que los habitaban, quienes pagaban a cambio, en el caso de los molinos, la maquila.

Pasada esa época y desaparecidos esos monopolios, los molinos madrileños pasaron a ser propiedad de los concejos, de órdenes religiosas (Monasterio de El Escorial, Compañía de Jesús, San Jerónimo el Real, Monjas de Santo Domingo, Monjas de la Madre de Dios, Convento de Uclés, etc.) o de personas particulares, entre ellas varios individuos de la nobleza (condes de Barajas, de Colmenar, de Montijo, de Chinchón, marqueses de Espinardo, de Estepa, etc.) y de otros como el contador D. Bernardo de Somonte, el regidor de Toledo D. Diego de Rivera, el comendador D. Diego de Zúñiga, D. Fernando Chacón, señor de Casarrubios y Arroyomolinos, D. Lope Zapata, D. Diego Ramírez, D. Francisco Luzón, etc.



El río Manzanares a su paso por Getafe. En las proximidades hubo varios molinos harineros

En 1575 el conde de Chinchón tenía 3 molinos en un arroyo cercano a Villaviciosa de Odón y D. Fernando Chacón 6 en Arroyomolinos. El conde de Bornos era dueño en 1678 de varios molinos del río Manzanares.

La mayoría de los molinos madrileños eran "de temporada", es decir que sólo funcionaban unos meses al año, aproximadamente desde los Santos o San Andrés a San Juan. Fuera de esa época los vecinos de muchos pueblos de la provincia tenían que hacer con sus caballerías o sus carros desplazamientos de hasta 6 ó 7 leguas para hacer sus moliendas, principalmente a los molinos del Tajuña, río al que no solía faltarle el agua en todo el año.

A Ambite, Campo Real, Orusco, Perales, Morata, etc. iban a moler en la época de estiaje gentes de pueblos tan distantes como Ajalvir, Cobeña, Vicálvaro, Fuenlabrada, etc. En 1575, según los vecinos de Morata de Tajuña, iban "de otros muy muchos pueblos a moler" (2).

A veces la capacidad de los molinos para moler disminuía porque el agua era aprovechada río arriba para regar. Los vecinos de Cercedilla, Los Molinos, etc. empleaban el agua del Guadarrama para regar sus prados y huertos e impedían moler a los de Las Rozas. En Villanueva de la Cañada (antiguamente La Despernada) tuvieron que dejar de moler más tiempo que el de costumbre desde que las aguas del río Aulencia se emplearon para las obras del Monasterio de El Escorial, sus jardines, etc.

Los molinos más utilizados por los vecinos de la capital fueron lógicamente los del río Manzanares, algunos de los cuales como el de los Frailes, Migas Calientes, Arganzuela, Ormiguera, Pangía, Torre-cilla, de María Aldínez y Mohed, ya existían a finales de la Edad Media.

El molino de los Frailes pertenecía al convento de San Jerónimo el Real y estaba situado a la altura del palacio de la Moncloa.

El de Migas Calientes se hallaba en el lugar que hoy ocupa uno de los Viveros Municipales, en la carretera de El Pardo.

El molino de la Arganzuela estuvo instalado junto al puente de Toledo. En la primera mitad del siglo XV la villa de Madrid mantuvo un pleito con sus dueños, Alonso González de Herrera y Alfonso de Salmerón, por ciertas estacadas que éstos colocaron a ambos lados del puente para beneficio del molino. La sentencia dada por el corregidor el 22 de junio de 1451 fue favorable a los molineros que no tuvieron que retirar las estacadas (3).

El de la Ormiguera llamado también de Luzón porque perteneció a una importante familia madrileña apellidada así, seguía existiendo a finales del siglo XVII y era propiedad entonces del conde de Montijo. Éste arrendaba su molino el 24 de abril de 1695 con todos sus pertrechos, soto de Luzón, huerta de Almenara, prados, etc. en 1.500 reales. Los arrendatarios se obligaban a la conservación de los puentes para que los vecinos de Vallecas y de otros lugares próximos pudieran ir allí a moler.

Los molinos de Pangía y Torrecilla estuvieron situados en el término de Perales del Río, hoy barrio de Getafe.

El molino llamado de María Aldínez, por el nombre de su primera propietaria, una panadera madrileña, se hallaba a la altura de la actual ermita de San Antonio de la Florida y estuvo después bajo el control del concejo madrileño. Sufrió un incendio y no se restauró por lo que le llamó también el Molino quemado.

La excavación realizada hace unos años por la Comunidad Autónoma de Madrid nos ha permitido conocer restos de la estructura de este antiguo molino.

El de Mohed estuvo también cerca del puente de Toledo.

Hubo otro molino en el río Manzanares en la Torre de Iván Crispín, aldea madrileña, según un documento del rey Fernando III el Santo. En 1443 esa aldea estaba despoblada (4).

El molino de la Aldehuela, situado también en Perales del Río, se construyó más tarde que los anteriores. Se cita en 1575 en la *Relaciones topográficas* de Felipe II y era entonces de D. Diego Ramírez, vecino de Madrid.

También realizaban sus moliendas los madrileños en los molinos del río Jarama.

Algunas veces varios de los molinos próximos a la capital dejaron de molturar por distintas causas y los vecinos se vieron obligados a utilizar otros más alejados lo que suponía además de molestias, mayor gasto.

El dique que había en el camino de El Pardo se inundó en varias ocasiones impidiendo el paso a ese lugar. En 1636 se produjo una de esas inundaciones y el rey Felipe IV ordenó el 30 de octubre de ese año que dejaran de moler algunos molinos de la zona, hasta que se realizaran las obras necesarias que duraron trece meses creando en la capital problemas por falta de harina.

Uno de los molinos que tuvo que dejar de trabajar, por la orden real fue el de Migas Calientes que pertenecía entonces a D. Antonio Hurtado de Mendoza. Éste denunciaba cinco años más tarde no haber recibido ninguna indemnización por los perjuicios económicos sufridos y recordaba que en otra inundación anterior su suegro, dueño entonces del molino, recibió del corregidor de Madrid, D. Francisco Brizuela, mil ducados (5).

Los jabalíes de El Pardo produjeron a veces daños en las presas de los molinos. En 1563 D.^a Catalina de Reinoso, viuda del contador Hernando de Somonte, denunció los perjuicios económicos que le habían ocasionado esos animales en su molino.

Las grandes riadas como la de febrero de 1647, inutilizaron los molinos al romperse sus presas.



Entre 1660 y 1680 dejaron de trabajar más de diez molinos de los ríos Manzanares y Jarama. Muchos vecinos, entre ellos algunos de Vallecas y Vicálvaro, que se dedicaban a abastecer de pan y de harina a la corte, tenían que moler el trigo en los molinos del Tajo y del Henares en lo que tardaban tres días en lugar de uno por lo que les costaba 6 reales por fanega y antes eran sólo 2. Por lo tanto tenía que encarecerse forzosamente el precio del pan.

El Concejo madrileño inspeccionaba periódicamente las instalaciones de estos molinos próximos a la capital para asegurar el abastecimiento de harina. Una de esas visitas de inspección se realizó durante los días 3, 4 y 5 de marzo de 1525 ordenada por el corregidor de la villa. Se comprobó que de los molinos de la ribera del Manzanares, el de los Frailes tenía muy buenas piedras. Los demás, Migas Calientes, Mohed, Arganzuela, Ormiguera, Pangía, Torrecilla y el de Manuel Díaz, tenían piedras blandas por lo que se les daba a los molineros, ante testigos, diez días de plazo para cambiarlas y veinte para adobar bien las tolvas, arnales y redores que eran de tierra.

Finalizada la visita a los molinos del Manzanares, se inició la de los del Jarama. Vieron los de Torrejoncillo, Romero y Nuño Sánchez que también tenían piedras de mala calidad. De los restantes molinos no sabemos nada porque los inspectores no pudieron anotarlo por ¡habérseles terminado el papel! (6).

Cuando un molino dejaba de moler por estar en mal estado y necesitar una reparación que el dueño se retrasaba en hacer, el Concejo madrileño hacía la obra y el propietario pagaba los gastos correspondientes.

Eso es lo que ocurrió en 1630 con el molino de la Ormiguera perteneciente entonces a D. Francisco Luzón. Como no prestaba servicio hacía algún tiempo D. Francisco de Tejada y Mendoza, comisionado en esa época para dirigir las restauraciones de molinos y caminos de la corte, encargó en abril de ese año a un maestro de obras que con sus oficiales y peones hiciera las reparaciones necesarias en el molino y la presa. Los materiales los pagó la villa de Madrid que luego recuperó el dinero empleado con el dinero de las maquilas. Los restantes gastos de jornales, herramientas, etc. fueron costeados por el propietario del molino que unos meses después, cuando aún no habían terminado totalmente los obras, ya llevaba gastados más de 6.000 ducados (7).



En 1647 se embargaron y restauraron los molinos de Torrejoncillo y Torrejón de la Ribera en el Jarama y los de Torrecilla y de los Frailes en el Manzanares.

Al conde de Bornos se le ordenó en 1678 reparar los molinos que tenía en el Manzanares relevándole del servicio de lanzas por veinte años (8).

Como había molinos pertenecientes a varias personas que no se ponían de acuerdo cuando había que hacer reparaciones en ellos, en unas ordenanzas que dieron las autoridades madrileñas se dispuso que cualquiera de los propietarios podía mandar restaurar el molino y todos pagarían el importe de la obra.

Cuando los molinos de personas particulares estaban construidos en terrenos municipales, los árboles de los sotos no podían ser cortados ni arrancados para proteger a aquellos de las grandes avenidas porque *“se consideraban más útiles los molinos que los sotos y árboles”*.

También se preocupó el Concejo madrileño de la cantidad que por maquilas debían percibir los molineros. Estos a principios del siglo XVI cobraba lo que les parecía y esa era la causa del alto precio que tenía el pan. En 1525 dieron unas Ordenanzas que fueron confirmadas por Carlos I en 1543 estableciendo que de cada costal de tres fanegas de trigo que se llevara a moler, no se cobraran más de dos celemines. Los molineros que no cumplieran esta orden serían sancionados con 300 maravedís de los que un tercio se destinaría a obras públicas de la villa, otro sería para el denunciador y el restante para el juez que sentenciara.

Tuvieron los panaderos madrileños prioridad sobre los demás usuarios de los molinos a la hora de moler su grano.

Las autoridades concedían licencias a cuantos deseaban construir molinos harineros siempre que el lugar elegido en los ríos fuese adecuado y no perjudicara a otros.

El 12 de marzo de 1546 el Consejo de Estado concedió licencia a Álvaro de Mena para que construyera un segundo molino en el río Manzanares, entonces llamado Guadarrama (9):

“D. Carlos... por quanto por parte de vos Alvaro de Mena, vecino de esta villa de Madrid, nos fue hecha relación diciendo ay mucha falta de moliendas en especial en el término que se dice de la Foz en el qual vos tenéis un molino cabo el río Guadarrama e viendo la falta que ay de moliendas, queréis con la misma agua e presa del hacer otro molino asimismo de cubo al río de Guadarrama de lo qual no se seguía perjuicio a ninguna persona y porque no lo podíades hazer sin especial licencia, nos suplicastes e pedistes por merced vos las mandásemos dar... lo qual visto por los de mi Consejo... tovimoslo por bien e por la presente vos damos licencia y facultad para que, sin perjuicio de nuestra corona, podáis fazer en el dicho e término de la Foz el dicho molino...”

En septiembre de 1558 por acuerdo del Ayuntamiento de la villa de Madrid se dio licencia a Francisco de Almaguer, contador mayor del rey, para hacer un molino en el río Jarama más abajo del puente de Viveros. Consideraban las autoridades madrileñas que era muy conveniente que aumentasen las moliendas y además Almaguer se comprometía a hacer a su costa una calzada y a reparar el puente. Se envió a Juan de Villafuente, alarife de la villa, a que viera el sitio señalado por el contador y le pareció idóneo (10).



En 1620 el bachiller Lucas Atti solicitaba de las autoridades municipales le concedieran un lugar donde poder instalar un ingenio inventado por él para moler trigo y otras semillas. Con él intentaba poner “remedio a las necesidades que ordinariamente se ofrecían a esta villa por falta de moliendas” (11).

En 1630 el rey Felipe IV concedió un privilegio perpetuo a Gonzalo Romero, vecino de Madrid, para instalar un ingenio “persemovente” que podía moler en cualquier río o arroyo aunque llevase poca agua. El rey percibiría el 10 por ciento del beneficio que produjese.

Para hacer una demostración eligió Gonzalo Romero dos pequeños arroyos que desembocan en el río Manzanares (12).

En 1648 era el capitán y matemático italiano José Malonbra quien, queriendo también poner remedio a las frecuentes faltas de pan que padecía entonces la capital a causa de la escasez de moliendas, envió un memorial al rey pidiendo privilegio para fabricar a su costa unos molinos por él inventados. La Sala de Gobierno contestó a Malonbra que antes de concederle lo que solicitaba, hiciera una demostración para lo cual se mandaba a las justicias ordinarias no le pusieran para ello obstáculos (13).

En 1680 José de Villanueva, maestro de campo y caballero de la Orden de Santiago, vecino de Vallecas, pedía licencia para instalar un molino harinero en el arroyo del Henar en un lugar que pareció adecuado.

Durante el siglo XVIII el número de molinos en funcionamiento en la provincia de Madrid aumentó de forma considerable y a mediados del XIX eran ya “infinitos” según Madoz.

En los años finales de ese siglo y primeros del XX este tipo de molinos fueron desapareciendo paulatinamente al ser sustituidos por otros movidos mecánicamente.

Excepcionalmente uno de los antiguos molinos hidráulicos que existían en Morata de Tajuña, el de la huerta de Angulo, estuvo trabajando hasta 1986 aunque los veinte últimos años sólo molía para obtener pienso para el ganado de la finca donde está ubicado.

El Ayuntamiento de esa población adquirió en 1998 el edificio, se restauraron algunas piezas del mecanismo del molino para que pueda funcionar y lo ha convertido en un museo que nos permite conocer el proceso por el cual antiguamente se convertía el grano en harina.

NOTAS

- (1). Archivo Histórico Nacional. Consejos, legajo 72225-8.
- (2) *Relaciones topográficas de Felipe II*. Provincia de Madrid. Morata de Tajuña.
- (3) Archivo de Villa de Madrid. Secretaría 3-36-16.
- (4) SÁNCHEZ, Galo: *El Fuero de Madrid y los derechos locales castellanos*, Madrid, 1962, p. 123.
- (5) Archivo de Villa de Madrid. Secretaría 3-36-43.
- (6) Archivo de Villa de Madrid. Secretaría 3-36-35.
- (7) Archivo de Villa de Madrid. Secretaría 3-36-39.
- (8) Archivo de Villa de Madrid. Secretaría 3-36-47.
- (9) Biblioteca Nacional. Manuscrito 11265 (1).
- (10) Archivo de Villa de Madrid. Secretaría 3-36-38.
- (11) Archivo de Villa de Madrid. Secretaría 10-232-120.
- (12) Archivo de Villa de Madrid. Secretaría 3-36-41.
- (13) Archivo de Villa de Madrid. Secretaría 3-36-45.



Cultura propia



**Caja España
Obra Social**



La tuya, la nuestra. La que propiciamos cada día con nuestras actividades culturales en todos los ámbitos del arte, la música, el teatro, el cine, los foros y conferencias, la literatura y el tiempo libre. Para todos, desde los más jóvenes hasta nuestros mayores. Como siempre, damos soluciones.

www.cajaespana.es

Caja España 
OBRA SOCIAL |

